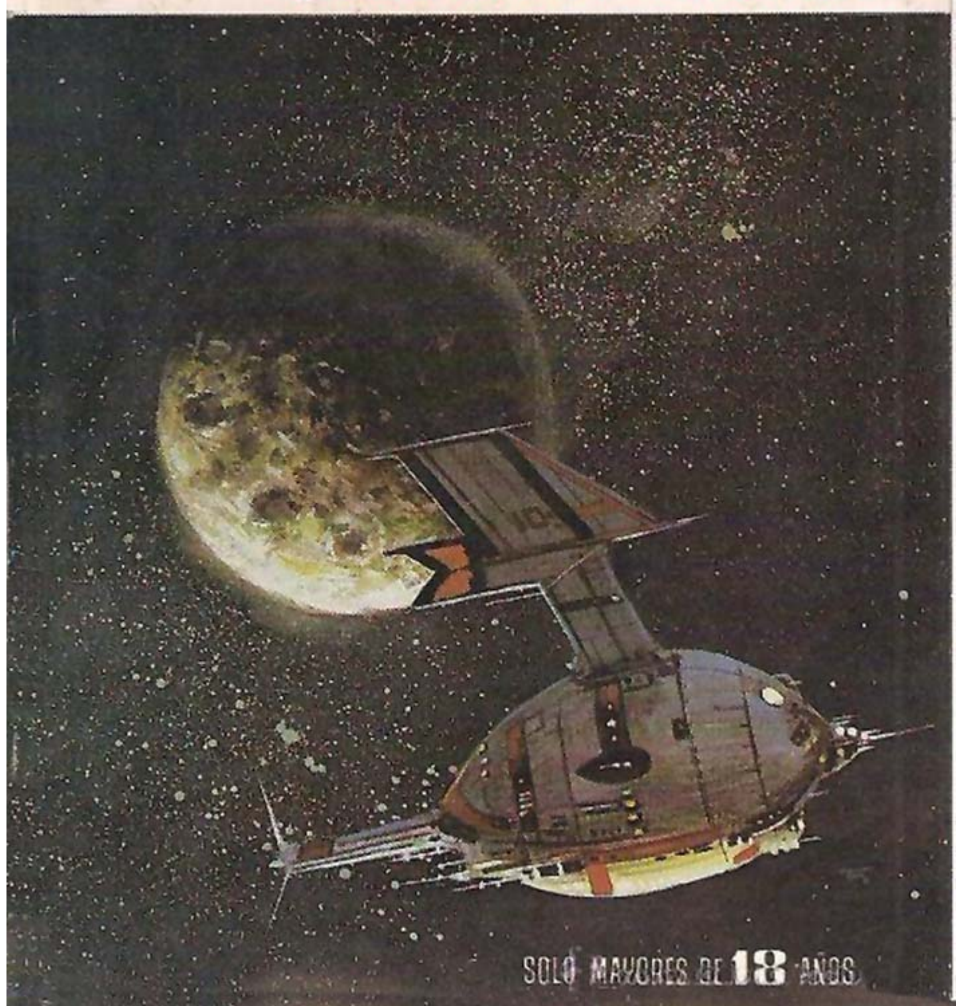
La conquista del ESPACIO

# EL PLANETA DORMIDO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

# JOSEPH BERNA
# EL PLANETA DORMIDO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 533
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

528 — Exodo a las estrellas, *A. Thorkent:*
529 — ¡Jaque a la Tierra!, *Glenn Parrish.*
530 — Cazando insectos en el planeta Okon, *Ralph Barby.*
531 — La gran hecatombe, *Kelttom McIntire.*
532 — Intrusos de otra dimensión, *A. Thorkent.*

ISBN 84-02-0252^0
Depósito legal: B. 26.084 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain
1.a edición: octubre, 1980


Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

## CAPITULO PRIMERO

La Latto-300, velocísima nave terrestre diseñada en forma de disco, capaz de alcanzar los límites del Sistema Solar en sólo cuatro días, había partido de la Tierra seis horas antes.

A bordo, solamente siete personas.

El teniente Len Clarke, piloto y máximo responsable de la nave.

Tatsuo, copiloto.

La doctora Dalia Kent.

Hans y Yuri, guardias de seguridad.

Y, finalmente, Marcus Holcer y Reid Moss, dos peligrosos asesinos que viajaban esposados en la celda de la Latto-300.

El destino de la nave, Neptuno.

La misión del teniente Clarke no era otra que trasladar a la pareja de criminales al moderno y seguro recinto penitenciario construido cinco años antes en el penúltimo planeta del Sistema Solar; en el año 2046, concretamente.

En todo ese tiempo, ni uno solo de los reclusos había conseguido escaparse de la prisión, pese a haber sido numerosos los intentos de fuga.

Todos habían fracasado.

Era imposible huir del recinto penitenciario de Neptuno.

Marcus Holcer y Reid Moss lo sabían.

De ahí su mal humor.

En la Tierra, albergaban la esperanza de fugarse de la prisión en la que habían sido recluidos de forma provisional, en espera de su posterior traslado a la prisión de Neptuno.

En el lejano planeta, no tendrían la menor posibilidad de recobrar la libertad; estaban seguros de ello.

Los dos habían sido condenados a cadena perpetua.

Morirían en la prisión de Neptuno...

Mientras Marcus Holcer y Reid Moss pensaban en todo esto, tendidos en la doble litera de su celda, el teniente Len Clarke pilotaba con mano firme y segura la Latto-300.

Len Clarke contaba veintinueve años de edad, y era un tipo alto y atlético, moreno, no mal parecido. Vestía un mono espacial, plateado y brillante, muy cómodo y ligero. De su cinto, ancho y dorado, pendía una pistola de rayos láser.

Tatsuo, el copiloto, tenía veintiséis años y una cara simpática, como casi todos los orientales. No era muy alto, pero sí corpulento. Su vestimenta era idéntica a la del teniente Clarke.

Este consultó el reloj digital de la cabina de mandos y comentó:

—Llevamos más de seis horas de vuelo, Tatsuo.

—Así es, teniente —sonrió el copiloto, que sonreía por todo, como buen oriental.

—¿No crees que deberías retirarte a tu camarote y dormir unas horas?

—¿No prefiere descansar usted primero, teniente?

—No, yo haré el primer turno, Tatsuo. Me sustituirás cuando te levantes.—Como usted diga, teniente —respondió el copiloto, levantándose de su sillón y abandonando la cabina de mandos.

Len Clarke alargó la mano y oprimió un botón.

Al instante, en la pequeña pantalla de televisión instalada en el panel de mandos, apareció la imagen de la celda en la que permanecían encerrados Marcus Holcer y Reid Moss.

Los dos estaban muy quietos y tenían los ojos cerrados.

Parecían dormir.

El teniente Clarke oprimió otro botón y ahora, en la pantalla, aparecieron Hans y Yuri, los dos guardias de seguridad que vigilaban la celda de los reos,

Los dos eran altos y fornidos.

Empuñaban sendos subfusiles de rayos láser.

También portaban pistolas, igualmente de rayos láser.

Len Clarke abrió el micrófono y llamó:

—Hans.

El guardia se cuadró al oír la voz de su superior.

—A la orden, teniente.

—Retírate a descansar, Hans, dentro de seis horas, reemplaza a Yuri.

—Sí, señor.

El llamado Hans se separó de su compañero y se dirigió a su

camarote.

Len Clarke cerró el micrófono y apagó la pantalla.

Fijó los ojos en el mirador de la nave.

Llevaba algunos minutos contemplando la maravillosa grandiosidad del espacio sideral, los miles y miles de puntitos luminosos que lo tachonaban, cuando un leve ruido le hizo volver la cabeza.

—Doctora Kent...

—Hola, teniente —le sonrió suavemente Dalia Kent, una preciosa mujer de cabellos dorados, suaves y luminosos, ojos muy claros, grandes y orlados de sedosas pestañas, nariz fina, elegante, labios sonrosados, carnosos y húmedos.

Pero, si hermoso era su rostro, más hermoso aún era su cuerpo.

Largo.

Estilizado.

Flexible...

Un prodigio de perfección y belleza.

El ajustado traje espacial que vestía, de una sola pieza y color carne, realzaba sus maravillosas formas, perfectamente marcadas bajo el ligero, pero resistente tejido.

La mirada de Len Clarke se paseó sin el menor disimulo por la fascinante silueta de la doctora Kent, que permanecía de pie en la puerta de la cabina de mandos, sin decidirse a cruzarla.

Dalia Kent se turbó un poco, pero en el fondo le halagaba que el joven y apuesto teniente Clarke la contemplará tan fijamente y con evidente admiración.

—¿Molesto, teniente? —preguntó, sin borrar aquella suave sonrisa de sus labios.

—¿Molestar...? Todo lo contrario, doctora Kent —respondió Len Clarke, sonriendo a su vez—. Vamos, no se quede ahí; pase usted y siéntese.

—Gracias, teniente.

Dalia Kent entró en la cabina y ocupó el asiento del copiloto.

Contempló el espacio sideral.

—Es hermoso, ¿verdad?

—Muy hermoso —respondió Len Clarke, sin apartar los ojos del

rostro de la doctora.

Ella le miró.

—Me refería al Universo, teniente Clarke.

—Yo también.

—¿Seguro?

Len Clarke rió y tomó su cajetilla de cigarrillos, tendiéndosela a Dalia Kent.

—¿Le apetece fumar, doctora?

—¿Son con o sin nicotina? —preguntó ella.

—Sin.

—Así los fumo yo —sonrió Dalia Kent, cogiendo un cigarrillo y llevándoselo a los labios.

Len Clarke cogió otro, dejó la cajetilla y tomó su encendedor, accionándolo. Acercó la llama al cigarrillo de la doctora Kent.

Esta aspiró el humo, lo expulsó por los orificios de la nariz, y volvió a sonreír.

—Gracias.

—No las merece —repuso Len Clarke, encendiendo su cigarrillo.

Dalia Kent volvió a fijarse en la grandiosidad del Cosmos.

—Cuando más lo miro, más me gusta —suspiró.

—Lo mismo me sucede a mí —confesó Len Clarke.

La doctora Kent lo miró, sorprendiéndolo nuevamente con los ojos fijos en ella.

—¿También ahora se refería usted al Universo, teniente Clarke?

—Claro.

—Grandísimo embustero.

Len Clarke rió.

—De acuerdo, confesaré. En ambas ocasiones me refería a usted, doctora Kent.

—Me siento muy halagada, teniente, pero le ruego que no siga piropeándome o tendré que abandonar la cabina.

—¿Por qué?

—Me pone nerviosa.

—Ya lo estaba cuando entró en la cabina.

Dalia Kent respingó levemente.

—Se dio cuenta, ¿eh?

—Sí.

—Es usted muy observador, teniente Clarke.

—Bastante.

—¿Sabe cuál es la causa de mi nerviosismo?

—No.

—Marcus Holcer y Reid Moss.

—¿Qué teme de ellos?

—Son dos peligrosos asesinos.

—Viajan esposados y encerrados en una celda, que es permanentemente vigilada por los guardias de seguridad.

—Lo sé.

—No tienen la menor posibilidad de escapar, se lo aseguro.

—No, pero...

Len Clarke alargó la mano y tomó la barbilla de Dalia Kent, con delicada suavidad.

—Tranquilícese, doctora Kent. Cuando Marcus Holcer y Reid Moss salgan de esa celda, será para ingresar en el recinto penitenciario de Neptuno, de donde no saldrán jamás. Dalia Kent asintió levemente con la cabeza.

—Ya me siento mejor, teniente.

—¿De veras?

—Sí, sus palabras me han tranquilizado.

—Me alegro.

—¿Piensa quedarse con mi barbilla?

—No.

—Entonces, suéltemela.

Len Clarke obedeció.

—¿Cuántos años tiene usted, doctora?

—Veinticinco.

—Es una doctora muy joven.

—Sí.

—¿Casada...?

—Soltera. ¿Y usted, teniente...?

—Tampoco estoy casado.

—¿No le gusta el matrimonio?

—Sí, claro que me gusta. Es bonito regresar a casa y encontrarse a la esposa, dulce, amante, cariñosa... Y un par de niños, correteando

por ella.

—¿Por qué sigue soltero, entonces?

—La respuesta es simple, doctora: todavía no he encontrado la mujer ideal. He conocido muchas mujeres que me han gustado, pero sólo físicamente. Espiritualmente, no he llegado a conectar con ninguna.

—Entiendo.

—¿Y usted, doctora?

—¿Yo qué?

—¿Por qué no se ha casado? Una mujer tan atractiva como usted, debe tener docenas de proposiciones.

Dalia Kent rió.

—La verdad es que no me han faltado, no.

—¿Entonces...?

—Mi caso es parecido al suyo, teniente. He conocido bastantes hombres, algunos de ellos me han gustado, pero... no lo suficiente como para unirme en matrimonio con ninguno. Sigo esperando, como usted.

—Estaría bueno que usted fuera la mujer que yo estoy buscando, y yo el hombre que usted está esperando, ¿eh, doctora Kent? —sonrió Len Clarke.

Dalia Kent se turbó nuevamente y rehuyó la mirada del teniente Clarke. Se puso en pie y dijo:

—Me voy a dormir, teniente.

—¿Le aburre mi conversación, doctora?

—Oh, no, todo lo contrario. Pero estoy un poco cansada y tengo ganas de echarme en mi litera.

—Lo comprendo, doctora Kent. Le deseo un feliz descanso. Y, si sueña, sueñe conmigo. ¿Lo hará?

—Lo intentaré —sonrió Dalia Kent, y salió de la cabina de mandos.

## CAPITULO II

La Lato-300 se hallaba ya a sólo doce horas del lejano y frío Neptuno [1]

El teniente Clarke se encontraba en su camarote, descansando.

Hacía tan sólo una hora que había sido reemplazado por Tatsuo, y era el oriental quien pilotaba la nave en aquellos momentos.

La doctora Kent se hallaba en la cabina de mandos, conversando con el copiloto de la Latto-300, porque no tenía nada que hacer.

Ella realizaba aquel viaje sólo para atender a los hombres que se hallaban a bordo, caso de que alguno de ellos se sintiese indispuesto.

Afortunadamente, no había sido así, hasta el momento presente, y Dalia Kent no había tenido que intervenir.

En la celda, Marcus Holcer y Reid Moss seguían echados en la doble litera, bajo la vigilancia de Yuri, el guardia de seguridad.

Hans, el otro guardia de seguridad, descansaba en su camarote.

Yuri, de cuando en cuando, daba un vistazo a la pareja de asesinos.

Holcer y Moss dormían.

El segundo lo hacía tan profundamente, que roncaba como una sierra en acción.

De pronto, Marcus Holcer tuvo una violenta contracción y se despertó, dando un grito.

El grito despertó a Reid Moss, que dormía en la litera de arriba.

Moss se giró y dejó colgar la cabeza, para poder observar a su compañero.

—¿Qué te pasa, Marcus...?

—¡Mi estómago! ¡Me duele terriblemente! —respondió Holcer, agarrándoselo con ambas manos, al tiempo que se retorcía en su litera, los ojos cerrados apretadamente, el rostro crispado, la boca abierta, despidiendo espuma.

Reid Moss miró al guardia de seguridad.

—¡Eh, tú! ¿Es que **no** piensas hacer nada...?

Yuri observaba nerviosamente a Marcus Holcer, desde el otro lado de los barrotes de acero.

—¿Qué le ocurre a tu compañero...? —preguntó a Moss.

—¿Es que no tienes ojos en la cara, desgraciado? —rugió Reid Moss—. ¡Se ha puesto enfermo, le duele mucho el estómago! ¡Se morirá, si no haces algo, pedazo de estúpido!

—¡Qué se va a morir! —replicó el guardia, sin demasiada convicción, porque lo de Marcus Holcer parecía realmente grave.

Seguía retorciéndose en la litera.

Daba gritos.

Aullidos, más bien.

—¡Tú serás el responsable de lo que le pase a Marcus, bastardo! —bramó Reid Moss, bajándose de su litera para atender a su compañero.

Yuri, convencido ya de la gravedad de los dolores estomacales que padecía Marcus Holcer, exclamó:

—¡Voy en busca de la doctora Kent!

—¡Corre, imbécil, o no llegará a tiempo! —apremió Moss.

El guardia de seguridad echó a correr, con el subfusil de rayos láser en las manos.

Escasos segundos después, irrumpía en la cabina de mandos.

—¡Tatsuo!... ¡Doctora Kent! —exclamó, terriblemente nervioso.

Dalia Kent y el copiloto se alarmaron.

Este último preguntó:

—¿Qué ocurre, Yuri...?

—¡Uno de los prisioneros se ha puesto repentinamente enfermo!

—¿Enfermo...? —exclamó Dalia Kent, respingando.

—¡Sí, doctora Kent! ¡Muy enfermo! ¡Se agarra el estómago con desesperación, tiene fuertes convulsiones, despide espuma por la boca!

Dalia Kent y Tatsuo cambiaron una nerviosa mirada.

La doctora sugirió:

—¿Avisamos al teniente Clarke, Tatsuo?

—No creo que sea necesario despertarle, doctora. Conectaré el piloto automático y la acompañaré a la celda de los prisioneros —respondió el oriental.

—Voy por mi maletín.

—Sí, dése prisa, doctora.

Dalia Kent salió corriendo de la cabina de mandos.

Tatsuo conectó el piloto automático y abandonó también la cabina.

El oriental y el guardia de seguridad corrieron hacia la celda de los prisioneros.

Marcus Holcer seguía con las convulsiones, los gritos y los retortijones, cada vez más exagerados, sin que Reid Moss pudiera hacer nada por aliviarle los dolores.

—¿Dónde está esa maldita doctora? —tronó Moss, al ver que el guardia de seguridad regresaba con el copiloto.

—Calma, Moss; ya viene —respondió Tatsuo.

—¡Llegará tarde! ¡Holcer se muere!

—Nadie va a morir, tranquilo.

En aquel momento llegó Dalia Kent.

Tatsuo extrajo su pistola de rayos láser y ordenó:

—Echate en tu litera, Moss. Boca abajo.

—¡Quiero ayudar a Holcer!

—La única que puede ayudarle, es la doctora Kent. Vamos, obedece.

Reid Moss masculló algo, pero hizo lo que le ordenaba el oriental.

Cuando vio a Moss tendido boca abajo en su litera, Tatsuo indicó:

—Abre la celda, Yuri, de prisa.

El guardia lo hizo.

—Entre, doctora Kent —dijo el oriental.

Dalia Kent penetró en la celda.

Tatsuo entregó su pistola al guardia de seguridad, pues no quería entrar armado en la celda.

—En cuanto yo entre, cierra de nuevo, Yuri —indicó.

—Bien.

Tatsuo entró en la celda y el guardia cerró la puerta con prontitud.

La doctora Kent ya estaba atendiendo a Marcus Holcer, visiblemente asustada por el hecho de hallarse tan cerca de un par de peligrosos criminales, aunque la proximidad de Tatsuo, tan fuerte y corpulento, le daba una cierta seguridad.

Dalia Kent había bajado la cremallera del traje del enfermo, y exploraba su estómago, presionando con sus finos dedos aquí y allá.

Sin embargo, las continuas y violentas contracciones de Marcus

Holcer dificultaban extraordinariamente la tarea de la doctora, quien se vio obligada a pedir ayuda al copiloto de la Latto-300.

—Tatsuo, sujete a Holcer, por favor. No puedo reconocerle, si no se está quieto.

—Muy bien, doctora.

Tatsuo sujetó por los hombros al prisionero, para lo cual tuvo que inclinarse sobre él.

Fue entonces cuando Marcus Holcer dio por finalizada su comedia, tan magníficamente representada por él, y que formaba parte de un bien estudiado plan para apoderarse de la nave y desviar su rumbo.

No irían **a** Neptuno, ni a ningún otro planeta en donde corriesen peligro de ser apresados de nuevo.

La Latto-300 saldría del Sistema Solar y les llevaría muy lejos, a algún planeta habitable, donde no llegasen los largos y férreos brazos de la ley que los había juzgado y condenado a cadena perpetua.

Marcus Holcer entró en acción..

Con los dos puños a la vez, golpeó el rostro de Tatsuo.

El oriental lanzó un grito de dolor y se derrumbó, sangrando por la nariz y por la boca.

Una fracción de segundo después, el asesino tenía atrapada a Dalia Kent.

Yuri, tras dar un respingo, apuntó a Marcus Holcer con su subfusil, pero el criminal, con fiero gesto, rugió:

—¡Deja caer tu arma! ¡Déjala caer o le rompo el cuello a la doctora Kent!

# CAPITULO III

El guardia de seguridad vaciló.

No se atrevía a disparar sobre Marcus Holcer, pues éste se protegía con el cuerpo de la doctora Kent, y temía alcanzarla a ella con el rayo láser.

Dalia Kent, muy pálida, sentía en su cuello la fuerte presión del brazo del asesino, y un débil gemido escapó de su garganta.

Marcus Holcer relinchó:

—¿Es que no me has oído, bastardo? ¡Suelta inmediatamente el subfusil u oirás crujir las vértebras cervicales de la doctora Kent!

Dalia Kent volvió a gemir débilmente, porque la presión del musculoso brazo del asesino se acentuó.

El guardia de seguridad, que seguía indeciso, miró nerviosamente a Tatsuo, quien continuaba en el suelo, medio aturdido por el golpe recibido.

El copiloto de la Latto-300 se pasó el dorso de la mano por la ensangrentada boca e indicó, con voz ronca:

—Obedece, Yuri. Este loco es capaz de hacer lo que dice.

El guardia de seguridad dejó caer su subfusil al suelo.

—¡Tu pistola y la de Tatsuo también, rápido! —ordenó Holcer.

Yuri obedeció.

Marcus Holcer mostró una sonrisa de satisfacción.

—¡Perfecto, muchacho! ¡Ahora abre la celda!

El guardia de seguridad volvió a consultar a Tatsuo con la mirada.

—Hazlo, Yuri —indicó el oriental, sin intentar levantarse del suelo, pues sabía que Holcer no se lo iba a permitir.

El guardia abrió la celda.

—¡Reid! —llamó Holcer.

Reid Moss respingó en su litera.

—¿Sí, Marcus...?

—No querrás que lo haga yo todo, ¿verdad?

Moss brincó de la litera.

—¿Qué quieres que haga, Marcus?

—Apodérate de las armas, de las llaves de la celda, y de las de las esposas. ¡Rápido, Reid!

Reid Moss recogió el subfusil, las dos pistolas, y obligó a Yuri a que le entregara las llaves de la celda y las de las esposas.

—¡Ya lo tengo todo, Marcus! —dijo, eufórico.

—Estupendo, Reid —sonrió Holcer—. Quédate ahí, fuera de la celda, que en seguida salgo yo con la bella doctora. Tú, Yuri, entra en la celda y tiéndete en el suelo, de bruces, juntó a Tatsuo.

El guardia de seguridad obedeció.

—Muévete, preciosa —indicó Holcer, empujando a la doctora Kent.

Salieron los dos de la celda.

—¡Cierra, Reid!

Moss se apresuró a cumplir la orden de Holcer.

Este indicó:

—¡Quítate las esposas y quítamelas también a mí, rápido!

Segundos después, los dos asesinos tenían las manos libres.

—¡Lo conseguimos, Marcus! —exclamó Moss, saltando de alegría.

Holcer lo miró.

—El mérito ha sido mío, compañero. Yo lo planeé, y yo lo he llevado a cabo.

Moss carraspeó.

—Por supuesto, Marcus. Yo sólo he intervenido al final, cuando tú ya tenías la situación dominada.

—Me alegra que lo reconozcas —sonrió nuevamente Holcer.

—¿Qué hacemos ahora, Marcus?

—Vamos a ir en busca del teniente Clarke y del otro guardia de seguridad. Teniendo armas, y a la atractiva doctora Kent como rehén, no creo que ofrezcan resistencia alguna.

—¿Y si la ofrecen...?

—Acabaremos con ellos. Con una persona que sepa pilotar la nave, y llevaría donde nosotros queremos, nos sobra. Ya tenemos a Tatsuo. Si el teniente Clarke se pone tonto, peor para él.

—Estoy de acuerdo- contigo, Marcus.

—En marcha, Reid. Cuanto antes sorprendamos a esos dos, mejor. Tú, rubia, mueve tus hermosas piernas —indicó Holcer, que tenía

sujeta de un brazo a Dalia Kent.

La doctora, sin recobrar el color, echó a andar.

* * *

Hans, el otro guardia de seguridad, tenía el sueño muy ligero y se despertó un par de segundos después de que la puerta de su camarote empezara a abrirse.

Descubrió a Marcus Holcer.

Y a Reid Moss.

Y a la doctora Kent, sujeta del brazo por uno de los asesinos.

Hans no se detuvo a pensar cómo diablos habían logrado escapar de la celda, sino que saltó instantáneamente de su litera, como impulsado por un resorte, y empuñó su subfusil de rayos láser, que descansaba sobre una silla, junto con su traje, su cinto y su pistola.

Sólo llevaba puesto el slip.

Desgraciadamente, el guardia de seguridad no tuvo tiempo de accionar el gatillo de su arma.

Holcer y Moss se le anticiparon, disparando sus pistolas, las que arrebataran a Tatsuo y Yuri.

Los dos rayos láser alcanzaron a Hans, ambos en el pecho.

La doctora Kent lanzó un chillido de horror, que fue ahogado por el desgarrador alarido que brotó de la garganta del guardia de seguridad, quien se derrumbó en el acto con el pecho totalmente abrazado.

Por fortuna para él, dentro de su desgracia, murió casi instantáneamente, y eso le ahorró espantosos sufrimientos.

* * *

El ensordecedor alarido del infortunado Hans despertó al teniente Clarke, quien saltó inmediatamente de su litera, cubierto sólo con un reducido slip plateado.

Sin perder tiempo enfundándose el mono espacial y colocándose las botas y el cinto, Len Clarke empuñó su pistola de rayos láser y salió velozmente de su camarote.

En seguida descubrió a Marcus Holcer y Reid Moss, a cubierto

ambos asesinos tras el tembloroso cuerpo de Dalia Kent.

—¡Arroje su arma, teniente Clarke! —ordenó Holcer, apuntándole con la suya, al igual que Moss.

Len Clarke, que se había quedado clavado, titubeó.

Si arrojaba su pistola, él también quedaría a merced de la pareja de criminales; si les hacía frente, la doctora Kent podría resultar alcanzada por alguno de los disparos.

Miró un instante a Dalia Kent.

Estaba tan pálida como un cadáver, y no podía hacer nada por ayudarle, porque Marcus Holcer le había rodeado la cintura con su brazo y la tenía bien sujeta, materialmente pegada a él.

—¡Obedezca o lo abrasamos! —rugió Holcer.

—¡Hans intentó hacernos frente, y ahora está muerto! —añadió Moss.

Len Clarke apretó rabiosamente las mandíbulas, pero dejó caer su arma al suelo.

—Asesinos... —masculló roncamente.

—Lo somos, teniente; no nos importa reconocerlo —sonrió cínicamente Holcer.

—Y seguiremos asesinando, si es necesario —agregó Moss.

—¿Cómo diablos habéis conseguido...?

—¿Escapar de la celda? —le interrumpió Holcer.

—Sí.

—Fue relativamente sencillo, teniente. Que se lo cuente la doctora Kent.

Len Clarke miró a Dalia Kent.

Esta, con voz trémula, explicó:

—Marcus Holcer fingió sufrir terribles dolores de estómago. Y lo hizo tan bien, que Yuri, Tatsuo y yo nos lo creímos.

—¿Tatsuo y Yuri están bien?

—Sí; están encerrados en la celda.

—¿Por qué no me avisó Tatsuo de lo que ocurría?

—Como hacía tan sólo una hora que se había retirado usted a descansar, le supo mal despertarle. Conectó el piloto automático y me acompañó él a la celda de los prisioneros.

—Así que viajamos con el piloto automático...

—Sí.

—Pero no será por mucho tiempo, teniente Clarke —intervino Marcus Holcer, sonriente—. Queremos que la pilote usted y varíe el rumbo.

—¿Qué es lo que pretendéis, Holcer?

—Salir del Sistema Solar.

—Estáis locos.

—No, teniente; Moss y yo estamos muy cuerdos. Tan cuerdos, que no queremos que vuelvan a atraparnos. No nos gusta nada la prisión de Neptuno. ¿Verdad que no nos gusta, Reid...?

—Ni pizca —rió Moss.

—Al final iréis a parar a ella, ya lo veréis —profetizó Len Clarke.

—¿Qué se apuesta a que no, teniente?

—Yo nunca hago apuestas, Holcer, pero sé que acabaréis en la prisión de Neptuno.

—Antes la muerte, teniente Clarke.

Len Clarke guardó silencio.

Marcus Holcer ordenó:

—Entre en su camarote, teniente, y vístase. La cabina de mandos nos espera.

## CAPITULO IV

Len Clarke no tuvo más remedio que obedecer.

Entró en su camarote y se enfundó el mono espacial, vigilado por Marcus Holcer, quien seguía teniendo sujeta a la doctora Kent, y por Reid Moss.

Este último había recogido del suelo la pistola de rayos láser del teniente Clarke.

Len Clarke se puso las botas y se colocó el cinto, saliendo seguidamente del camarote.

Se dirigieron todos a la cabina de mandos.

Al pasar por delante del camarote de Hans, cuya puerta permanecía abierta de par en par, Len Clarke descubrió el cuerpo sin vida del guardia de seguridad, tendido en el suelo, el tórax horriblemente abrasado y destrozado por los rayos láser.

El teniente Clarke se detuvo un instante y, con los músculos faciales endurecidos, masculló:

—Esto lo pagaréis muy caro, malditos.

Marcus Holcer lanzó una burlona carcajada e indicó:

—Camine, teniente.

Len Clarke reanudó la marcha, los puños tan apretados que sus nudillos estaban blancos.

Entraron en la cabina de mandos.

—Ocupe su sillón, teniente —ordenó Holcer.

Clarke obedeció.

—Desconecte el piloto automático y modifique el rumbo —siguió ordenando Holcer—. Ya sabe que no queremos ir a Neptuno, sino más allá de los límites del Sistema) Solar.

—Insisto en que eso es una locura.

—¿Por qué, teniente?

—A bordo sólo llevamos alimentos para unos cuantos días, y...

Las risas de Marcus Holcer interrumpieron a Len Clarke.

—Pretende engañarnos, ¿eh, teniente?

—No.

—¡Sí, sí que quiere engañarnos! —se enfureció repentinamente Holcer—. Sé muy bien que en esta nave hay víveres en abundancia, como previsión para una posible situación desfavorable. Incluso docenas de tubos de píldoras vitamínicas. Podríamos alimentarnos todos durante un año, por lo menos. ¡Vamos, atrévase a negarlo, teniente Clarke!

Len Clarke no lo negó, porque era cierto.

Marcus Holcer barbotó:

—Haga lo que le he ordenado, teniente.

Len Clarke desconectó el piloto automático.

Antes de variar el rumbo de la Latto-300, preguntó:

—¿Adónde queréis ir, exactamente?

—Lejos; muy lejos. Fuera del Sistema Solar, hay muchos planetas de características similares a la Tierra.

—No tantos, Holcer.

—Próximos, tal vez no. Pero la Vía Láctea es muy grande, teniente Clarke. Hay miles y miles de estrellas, en torno a las cuales giran planetas. Nos instalaremos en uno que reúna las condiciones necesarias para poder llevar una vida normal en él.

—Eso será muy aburrido, Holcer.

—Más aburrida es la prisión de Neptuno.

—Por una vez, tienes razón.

—Basta de charla, teniente. Varíe el rumbo de una vez —masculló Holcer.

Len Clarke realizó la oportuna maniobra y la Latto-300 desvió su trayectoria.

—Hecho, Holcer.

—Muy bien, teniente. Siga atento a los mandos. Y, para que no cometa ninguna tontería, Reid le atará al sillón.

—Estaré muy incómodo.

—Se aguanta. Atale, Reid.

—A la orden, Marcus —sonrió Moss.

* * *

Len Clarke llevaba ya cuatro horas atado a su sillón, aunque los brazos, lógicamente, los tenía libres, para poder pilotar la nave.

Dalia Kent también los brazos maniatados.

La pequeña pantalla de televisión de la cabina permanecía encendida, y en ella podía verse a Tatsuo y Yuri, encerrados en la celda, paseando nerviosamente.

El micrófono permanecía cerrado.

Marcus Holcer no quería que el teniente Clarke hablase con el copiloto y el guardia de seguridad, y éstos seguían sin saber qué había pasado desde que la pareja de asesinos abandonaran la celda, llevándose a la doctora Kent como rehén.

De ahí el nerviosismo de Tatsuo y Yuri.

Su angustia.

Su desesperación.

En la cabina de mandos, Len Clarke y Dalia Kent se mantenían en silencio, pero Marcus Holcer y Reid Moss hablaban por los codos y reían continuamente, contentos y felices por haber conseguido escapar de su celda y apoderarse de la nave.

De pronto, Len Clarke dijo:

—Estoy cansado, Holcer.

—¿De veras, teniente?

—Sí, y tengo sueño. Sólo dormí una hora.

—Sí que es poco, ¿eh, Marcus? —sonrió irónicamente Moss.

—Pobre teniente Clarke —rió Holcer.

—Que me sustituya Tatsuo —pidió Clarke.

—Le sustituirá cuando yo lo estime oportuno —respondió Marcus Holcer.

—¿Y cuándo será eso?

—Lo sabrá a su debido tiempo, teniente.

* * *

Habían pasado otras cuatro horas.

El sueño y la fatiga se apreciaban claramente en las facciones de Len Clarke.

También en las de la doctora Kent.

Clarke hizo saber:

—No puedo más, Holcer. Si Tatsuo no me reemplaza, me quedaré

dormido en el sillón.

Marcus Holcer sonrió.

—Tranquilo, teniente Clarke, Tatsuo le sustituirá en unos minutos. No permití que le reemplazara antes porque quería que usted se sintiese realmente agotado. De ese modo, será más difícil que usted intente nada cuando lo desatemos. Apenas tendrá fuerzas para mantenerse en pie.

—Muy inteligente por tu parte —rezongó Clarke.

—Abra el micrófono y dígale a Tatsuo que Reid Moss va a ir por él, para que le sustitúyala usted. Y no olvide advertirle que, si él o Yuri intentan algo, usted y la doctora Kent morirán. ¿Lo ha entendido, teniente?

—Sí.

—Adelante, pues.

Len Clarke abrió el micrófono.

—Tatsuo, Yuri, habla el teniente Clarke —dijo, con voz cansada.

El copiloto y el guardia de seguridad, que se habían tendido en la doble litera, respingaron a un tiempo.

—¡Teniente Clarke! —exclamó el primero—. ¿Se encuentra usted bien...?

—Sí, estoy bien, Tatsuo.

—¿Y la doctora Kent...?

—También.

—¿Y Hans?

Len Clarke, gravemente, informó:

—Hans ha muerto.

—Oh, no... —se estremeció el oriental.

También Yuri acusó la noticia.

—Holcer y Moss lo mataron —añadió Clarke.

Tatsuo atirantó el rostro.

—Malditos asesinos...

—Se han apoderado de la nave, Tatsuo. Yo estoy atado a mi sillón, y piloto así la Latto-300. También la doctora Kent está atada, a tu sillón. Tienes que sustituirme, Tatsuo; estoy agotado.

—Lo haré, teniente.

—No intentes nada, Tatsuo. Y tú tampoco, Yuri. Si lo hicierais, Holcer acabaría conmigo y con la doctora Kent.

—Descuide, teniente. No opondremos resistencia —prometió el oriental.

—Cierre el micrófono, teniente Clarke —ordenó Marcus Holcer.

Len Clarke obedeció.

—Trae a Tatsuo, Reid —indicó Holcer a su compañero.

Reid Moss abandonó la cabina.

Pocos minutos después, estaba de vuelta con Tatsuo, al que apuntaba con su pistola de rayos láser.

—¿Algún problema, Reid? —preguntó Holcer, apuntando también al oriental con su arma.

—Ninguno, Marcus.

—Tiéndete en el suelo, Tatsuo; las manos sobre la nuca —ordenó Marcus Holcer.

El copiloto obedeció.

Entonces, Holcer indicó:

—Desata al teniente Clarke, Reid.

Moss lo hizo.

Len Clarke se levantó con dificultad, debido al largo tiempo que había permanecido sentado y atado.

Marcus Holcer le ordenó que se tendiera en el suelo, junto a Tatsuo, y luego indicó a éste que se levantara y se sentara en el sillón del teniente Clarke.

El oriental obedeció, siendo atado seguidamente por Reid Moss.

Tatsuo se hizo cargo de los mandos de la Latto-300.

Holcer ordenó a Len Clarke que se pusiera en pie e indicó a Moss que lo condujera a la celda.

Clarke, erguido ya, miró a Dalia Kent.

—¿Y la doctora...?

Marcus Holcer sonrió extrañamente y respondió:

—Ella irá después, teniente.

La mirada de Len Clarke se tornó brillante, acerada, peligrosa.

—No lo intentes, Holcer —dijo, con gélida voz.

—¿El qué, teniente?

—Lo que estás pensando.

—¿Y cómo sabe usted lo que estoy pensando?

—Si tocas a la doctora Kent, haré estallar la nave y todos nos iremos al infierno.

El estremecimiento de Marcus Holcer fue perceptible.

—No creo que se atreviera usted, teniente —dijo, con escasa convicción.

—Te juro que lo haré, Holcer.

Marcus Holcer vaciló.

Reid Moss, a quien las palabras del teniente Clarke habían puesto la carne de gallina, pidió nerviosamente:

—Olvídate de la doctora Kent, Marcus. A mí también me gustaría divertirme con ella, porque es muy hermosa y hace tiempo que no gozo con una mujer, pero si hemos de morir todos por ello, prefiero aguantarme.

Holcer, que apuntaba a Len Clarke con su pistola, masculló:

—¿Sabe que puedo acabar con usted ahora mismo, teniente Clarke?

—Si lo haces, seré yo quien haga estallar la nave, Holcer —intervino Tatsuo.

Y lo dijo de un modo que nadie dudó de que lo haría.

Marcus Holcer, con el rostro congestionado de rabia, cambió sus planes y gruñó:

—Desata también a la doctora, Reid.

# CAPITULO V

Dalia Kent respiró aliviada al escuchar las últimas palabras de Marcus Holcer, pues, desde el instante en que éste y Reid Moss de adueñaran de la nave, había estado temiendo que la pareja de asesinos se decidiesen a abusar de ella.

Por fortuna, la fría y serena amenaza de Len Clarke, hecha suya poco después por Tatsuo, con idéntico aplomo, había causado efecto y parecía que Holcer y Moss iban a olvidarse por completo de la joven y bella doctora.

Reid Moss la desató y Dalia Kent pudo ponerse en pie.

Ella y Len Clarke fueron conducidos a la celda por Moss, quien, antes de abrir la puerta, les ordenó que se tendieran en el suelo.

Lo mismo le ordenó a Yuri.

Cuando los tres estuvieron echados de bruces en el suelo, Moss abrió la puerta de la celda e indicó:

—Adentro, teniente.

Len Clarke y Dalia Kent se levantaron y entraron en la celda, cuya puerta se apresuró a cerrar Reid Moss, quien seguidamente se alejó.

El guardia de seguridad se puso en pie.

—Lamento lo que pasó, teniente Clarke. Fui estúpido al dejarme engañar por Marcus Holcer. Debí sospechar que sus dolores de estómago eran fingidos.

Len Clark esbozó una sonrisa, al tiempo que oprimía cariñosamente el robusto hombro del guardia.

—Olvídalo, Yuri. La doctora Kent ya me explicó que Holcer representó magníficamente la comedia. Os engañó a vosotros y estoy seguro de que también me hubiera engañado a mí.

El guardia de seguridad se sintió menos culpable tras las comprensivas palabras de su superior.

—Gracias, teniente Clarke.

Len Clarke le soltó el hombro y dijo:

—Será mejor que descansemos, Yuri. No podemos hacer otra cosa, por el momento. Lo malo es que sólo hay dos literas, y somos

tres.

—Oh, no se preocupe por eso, teniente —sonrió el guardia—. Yo tengo los huesos duros, dormiré perfectamente en el suelo.

—No será necesario, Yuri —intervino Dalia Kent—. El teniente Clarke y yo compartiremos una de las literas. Soy una mujer delgada, ocupo poco espacio —añadió, con una sonrisa.

—Excelente idea, doctora —aprobó Len Clarke.

—Estarán mejor en la de abajo, teniente —dijo Yuri, y trepó a la de arriba de un ágil salto.

—Cuando guste, doctora Kent —indicó Clarke, señalando la litera inferior con la mano,

Dalia Kent se tendió en la litera, pegándose a la pared de la celda, para dejar el máximo espacio posible a Len Clarke.

Este se tendió a su lado y, pese a todo, su cuerpo y el de ella tomaron contacto, pudiendo constatar Len Clarke la dureza de los amplios y moldeados senos de la doctora Kent.

Dalia Kent, para disimular su turbación, sonrió y dijo:

—Un poco apretujados, ¿no, teniente?

—A mí no me importa. ¿Y a usted, doctora Kent...?

—Tampoco.

—¿Sabe que tenerla tan cerca de mí, me produce una maravillosa sensación?

—Ya empieza usted con los piropos.

—No tema, estoy demasiado cansado para intentar nada.

—¿Y qué hace su mano sobre mi cadera?

—En algún sitio tengo que ponerla, ¿no?

—Sí, tiene razón —volvió a sonreír Dalia Kent.

Hablaban los dos muy bajito, para que no les oyera Yuri.

Y tampoco desde la cabina de mandos, si es que Marcus Holcer había ordenado a Tatsuo abrir el micrófono.

—Me equivoqué, doctora Kent.

—¿En qué, teniente?

—Con respecto a Holcer y Moss. Le aseguré que no tenían la menor posibilidad de escapar, pero lo consiguieron.

—Usted no tiene la culpa.

—Nadie la tiene, pero el hecho es que escaparon y ahora son los dueños de la nave.

—Son dos tipos muy peligrosos; especialmente, Holcer.

—Sí, es el peor de los dos —convino Clarke.

—Si usted no le hubiera amenazado con volar la nave, me hubiera violado. Y Moss también.

Len Clarke cerró suavemente su mano, apretando con delicadeza la cadera de Dalia Kent.

—Eso no sucederá mientras yo esté con vida, doctora.

—Le agradezco mucho que lo evitara, teniente.

—¿Sólo con palabras?

—Puedo darle un beso, si quiere.

—Ya tarda.

Dalia Kent unió sus labios a los de Len Clarke, en suave y cálido beso, que fue devuelto por la boca masculina con idéntica ternura.

Tras la deliciosa caricia, se miraron a los ojos.

—¿Complacido, teniente?

—Sí, pero sólo porque me encuentro agotado.

—¿Qué quiere decir?

—Que si no fuera por eso, le pediría otra clase de beso.

—Más largo y apasionado, ¿no?

—Sí.

—Lo siento, pero tampoco yo tengo fuerzas para besos de esa clase —sonrió Dalia Kent.

—¿Lo dejamos para cuando hayamos descansado, doctora? —sugirió Len Clarke.

—De acuerdo.

Clark deslizó su mano y la pasó por el talle femenino.

Dalia Kent comprendió que el teniente Clarke deseaba abrazarla y despegó su cuerpo de la pared, quedando mucho más unida a él.

Así, tan juntos que cada uno percibía el aliento del otro, se quedaron dormidos.

## CAPITULO VI

Tatsuo, el copiloto de la Latto-300, fue obligado por Marcus Holcer y Reid Moss a pilotar la nave durante más de diez horas seguidas, provocando el lógico agotamiento del fornido oriental.

Holcer y Moss estaban la mar de frescos y descansados, pues ambos habían dormido unas cuantas horas por turnos, y también se habían alimentado debidamente.

En la celda de la Latto-300, Len Clarke, Dalia Kent y Yuri llevaban ya un rato despiertos y levantados.

La celda disponía de un pequeño cuarto de aseo, con inodoro, lavabo y ducha, y los tres lo habían visitado ya.

Tenían un hambre canina, pero Marcus Holcer y Reid Moss no pensaban darles de comer hasta que el teniente Clarke no reemplazase a Tatsuo.

Esto se produjo algunos minutos después, y fueron tantas las precauciones tomadas por la pareja de asesinos, que ni Tatsuo ni Len Clarke pudieron intentar nada.

Tatsuo y Yuri comieron en la celda, poco después de que el teniente Clarke y la doctora Kent hubiesen sido trasladados a la cabina de mandos.

Una vez atados a los sillones, Len Clarke y Dalia Kent —la doctora también tenía los brazos libres, en esta ocasión— pudieron saciar su apetito, y ambos se sintieron mucho mejor con el estómago lleno.

Pero Marcus Holcer y Reid Moss siguieron con la misma táctica: mantenerlos diez o doce horas seguidas atados a los sillones, para que, cuando se levantaran, no se encontrasen con fuerzas para intentar sorprenderlos.

De este modo, fueron sucediéndose las sustituciones de Len Clarke por Tatsuo y viceversa, sin que éstos o Yuri tuviesen oportunidad de sorprender y reducir a la pareja de criminales.

La Latto-300 hacía ya tres días que había cruzado los límites del Sistema Solar, y debido al constante proceso de aceleración, la velocidad de la nave era ahora realmente fantástica.

Dos días después, hallándose Len Clarke y Dalia Kent en la cabina

de mandos, divisaron un pequeño planeta que, según los datos facilitados por el computador, reunía unas características ideales para poder vivir en él.

Marcus Holcer y Reid Moss brincaron de alegría y se abrazaron efusivamente al saber que aquel pequeño y lejano mundo tenía atmósfera, con la suficiente cantidad de oxígeno libre, mares, ríos, montañas y también abundante vegetación...

El lugar idóneo para sus propósitos.

El contento de la pareja de asesinos no era, lógicamente, compartido por Len Clarke y Dalia Kent.

Ambos pensaban, y con razón, que una vez la Latto-300 tomara tierra en el pequeño y saludable planeta, Holcer y Moss ya no necesitarían de nadie.

Podrían acabar tranquilamente con el piloto, el copiloto, y el guardia de seguridad de la nave.

Con quien, seguramente, no acabarían, sería con Dalia Kent.

Primero, porque era doctora, y siempre es conveniente tener un médico cerca; segundo, porque era una mujer, joven y hermosa, además.

Sí.

Holcer y Moss dejarían con vida a Dalia Kent, para poder gozar de ella siempre que el cuerpo se lo pidiese.

Lo sospechaba Len Clarke, y lo sospechaba la propia doctora Kent.

De ahí la palidez de Dalia Kent.

Ella prefería la muerte a vivir como esclava de aquel par de asesinos.

* * *

Len Clarke había reducido considerablemente la velocidad de la Latto-300, y la nave giraba ya en torno al pequeño planeta, cada vez más cerca de la superficie.

El planeta parecía deshabitado, pues no se veían ciudades por ninguna parte; ni siquiera pequeños poblados.

—Tome tierra ya, teniente Clarke —ordenó Marcus Holcer, impaciente por hallarse en el pequeño mundo.

—Sí, estamos cansados de tanta vuelta —gruñó Reid Moss, no menos impaciente que su compañero.

—Sólo trato de encontrar un buen lugar para posar la nave —explicó Len Clarke.

—Los hay de sobra. Aterrice allí mismo, en el claro de aquel bosque —indicó Holcer, señalándolo con el brazo.

—Muy bien —respondió Clarke, dirigiendo la nave hacia el lugar escogido por el asesino.

Instantes después, la Latto-300 se posaba suavemente en el amplio claro de aquel frondoso bosque.

Len Clarke apagó los motores y la nave quedó silenciosa.

Tan silenciosa como el bosque que la rodeaba.

El teniente Clarke había abierto los micrófonos exteriores de la nave, pero éstos no captaban ningún sonido.

Era como si en aquel espeso bosque no hubiese ni un solo animal, ni un solo bicho, ni una sola ave, ni un solo pájaro.

O no los había... o estaban todos dormidos.

O muertos...

Otra cosa que llamaba la atención, era la absoluta inmovilidad de las ramas de los árboles.

Tan quietas estaban, que más que un bosque real, parecía la fotografía de un bosque.

Pero esto, la extraña quietud de las armas, y el no menos extraño silencio del bosque, sólo parecía preocupar a Len Clarke.

Dalia Kent estaba preocupada por otras cosas, mientras que Marcus Holcer y Reid Moss se hallaban demasiado jubilosos como para preocuparse por nada.

Buena prueba de ello es que, apenas posarse la nave en el claro del bosque, se dieron un apretado abrazo.

—¡Lo conseguimos, Reid!

—¡Sí, Marcus, si!

—¡Tenemos un lugar donde vivir!

—¡Un lugar maravilloso!

—¡Aquí no habrá más ley que la nuestra!

—¡Tú lo has dicho, Marcus!

Tras unos cuantos minutos de desbordante euforia, la pareja de criminales se separaron y miraron a Len Clarke y Dalia Kent; a ésta,

con un inconfundible brillo de deseo en los ojos.

—Fin de trayecto, teniente Clarke —dijo Holcer, apuntándole con la pistola que empuñaba.

Dalia Kent tuvo un fallo cardíaco, pues adivinó que el asesino se disponía a acabar con Len Clarke.

Este, con sorprendente serenidad, preguntó:

—¿Qué vas a hacer, Holcer?

—¿De veras no lo adivina, teniente...? —preguntó a su vez el criminal, con cínica sonrisa.

—Sería un error acabar conmigo.

—¿Por qué?

—Este planeta, aparentemente, es un paraíso, pero puede ser un infierno.

Marcus Holcer y Reid Moss se echaron a reír.

—¡El teniente quiere asustarnos, Reid!

—¡Sí, pero esta vez no lo conseguirá, Marcus!

—Dejad de reír, estúpidos, y fijaos bien en el bosque que nos rodea.

Holcer y Moss lo contemplaron.

El primero comentó:

—Es un bosque precioso, ¿verdad, Reid?

—Realmente maravilloso, Marcus —convino Moss.

Len Clarke señaló:

—Las ramas de los árboles no se mueven ni un pelo.

—Porque en estos momentos no hace aire —dijo Holcer—. ¿Tiene eso algo de extraño, teniente?

—Mucho, porque va unido al hecho de que los micrófonos exteriores de la nave no captan el más leve ruido. ¿Y dónde habéis visto vosotros un bosque en donde no se oye cantar a los pájaros, corretear a los animales, pelearse entre ellos por la comida o luchar por el dominio del territorio?

Marcus Holcer y Reid Moss dejaron de mostrarse risueños y aguzaron la vista y el oído, pero pasaban los segundos y no veían ni oían nada.

Absoluta quietud.

Silencio total.

Holcer y Moss empezaron a preocuparse.

El segundo, mucho más asustadizo que su compañero, murmuró:

—El teniente Clarke tiene razón, Marcus. Es muy extraño que no se muevan las ramas de los árboles ni se oiga cantar a los pájaros y corretear y pelear a los animales...

—¿Estás asustado, Reid?

—Un poco. ¿Tú no, Marcus?

—No, yo no. Sé que lo que pasa en este bosque tiene una explicación lógica —masculló Holcer.

Len Clarke intervino:

—Puede que la tenga y puede que no, Holcer.

Este lo miró fieramente.

—¡Cállese, maldito! ¡Sé que trata de asustarnos para que no los matemos a todos, pero no le va a servir de nada! ¡Usted, Tatsuo y Yuri morirán, teniente Clarke! ¡Sólo la doctora Kent conservará la vida, porque Reid y yo queremos disfrutar con ella, gozar de su cuerpo, poseerla siempre que nos apetezca!

Un perceptible temblor se apoderó de Dalia Kent, y la palidez de su rostro se acentuó.

Len Clarke sonrió fríamente y dijo:

—De acuerdo, Holcer. Acabad conmigo, con Tatsuo y con Yuri, y quedaos con la doctora Kent. Pero es posible que no podáis gozar mucho de ella. Este planeta es peligroso, me lo dice un sexto sentido. Y, si no estoy equivocado, moriréis los tres en él, porque, eliminados Tatsuo y yo, que somos los únicos que sabemos pilotar la nave, ya no podréis abandonar el planeta.

Marcus Holcer, ciego de cólera, estuvo a punto de disparar sobre Len Clarke, pero Reid Moss le sujetó el brazo y gritó:

—¡No lo hagas, Marcus!

Holcer propinó un empellón a su compañero y lo derribó.

—¡Voy a achicharrar al bastardo del teniente, Reid!

—¡Hazlo, pero más tarde! ¡Cuando nos hayamos asegurado de que no corremos ningún peligro en este planeta, Marcus! —pidió angustiosamente Moss, desde el suelo.

Marcus Holcer vaciló.

Tenía el brazo diestro extendido, apretaba rabiosamente la pistola de rayos láser, su dedo índice se había curvado ya sobre el gatillo.

Evidentemente, se moría de ganas de disparar.

Dalia Kent no respiraba.

Tampoco Len Clarke, aunque éste, haciendo gala de unos nervios de acero, mantenía la fría sonrisa en sus labios.

Marcus Holcer bajó bruscamenmte el arma y, resopló:

—Voy a hacerte caso, Reid. Los dejaremos a todos con vida hasta que nos convenzamos de que este planeta es tan tranquilo como parece.

Reid Moss lanzó un gran suspiro de alivio y se puso en pie.

También Dalia Kent respiró hondo.

Y Len Clarke, aunque éste lo hizo disimuladamente.

Marcus Holcer indicó:

—Trae a Tatsuo y Yuri, Reid. Y, si alguno de los dos intenta algo, no dudes en disparar.

—Entendido, Marcus —sonrió veladamente Moss, pues había captado el verdadero significado de la frase de su compañero,

Holcer quería que eliminase a Yuri.

El teniente Clarke y Tatsuo podían ser necesarios, pero el guardia de seguridad no les hacía ninguna falta.

Mantener con vida a Yuri, era correr un riesgo innecesario. Y, cuantos menos riesgos corriesen, mejor.

## CAPITULO VII

Tatsuo y Yuri dormían en la doble litera de la celda, el primero profundamente, porque hacía tan sólo cuatro horas que había sido reemplazado por el teniente Clarke en la tarea de pilotar la Latto-300.

El guardia de seguridad, mucho más descansado, porque a él no le había sido designada tarea alguna desde que Marcus Holcer y Reid Moss se adueñaran de la nave, se despertó al oír que la puerta de la celda se abría.

Yuri levantó la cabeza y, desde la litera superior, que era la que él ocupaba, vio cómo Reíd Moss entraba en la celda y le apuntaba con su pistola de rayos láser.

El asesino, en voz baja, ordenó:

—Baja de tu litera, Yuri. Y procura no despertar a Tatsuo.

—¿Por qué? ¿Qué te propones, Moss? —preguntó el guardia de seguridad, receloso.

—No hagas preguntas y obedece.

Yuri, lentamente, bajó de la litera, sin apartar los ojos de Reid Moss.

Tatsuo siguió dormido, sin enterarse de nada.

Le despertó el atronador alarido que lanzó Yuri al recibir en su pecho el rayo láser que, poco menos que a bocajarro, le disparó el canalla de Moss.

Tatsuo respingó con fuerza en su litera y abrió los ojos, justo en el instante en que el guardia de seguridad se desplomaba con la caja torácica abrasada, destrozada, convertida en una sanguinolenta masa de carne quemada que despedía un hedor que invitaba a vomitar.

El copiloto de la Latto-300 brincó de la litera como una bestia furiosa y con intención de saltar sobre el miserable de Reid Moss, sin pararse a pensar que éste podía hacer uso nuevamente de su arma y acabar con su vida, como había acabado con la de Yuri.

Moss le apuntó velozmente con la pistola y ordenó:

—¡Quieto, Tatsuo! ¡Quieto o te abraso!

El oriental, de pie junto a la litera, presto a saltar como una fiera, rugió:

—¡Has matado a Yuri, asesino!

—¡En defensa propia, Tatsuo!

—¡Mientes, rata asquerosa!

—¡Es la verdad, te lo juro! ¡Apenas entrar en la celda, Yuri, que fingía dormir, saltó sobre mí! ¡Quería arrebatarme la pistola! ¡No tuve más remedio que disparar, Tatsuo! ¡Y dispararé también sobre ti, si no te calmas!

El copiloto no se calmó, pero supo controlar su furia y no atacó a Reid Moss, pese a que dudaba mucho de la versión que el asesino acababa de dar sobre lo sucedido.

Yuri, como él, sabía que, de intentar algo contra Reid Moss, Marcus Holcer haría que el teniente Clarke y la doctora Kent sufriesen las consecuencias, y no creía al guardia de seguridad capaz de hacer lo que Moss juraba que había hecho.

Con los puños apretados, el oriental masculló:

—No voy a atacarte, Moss.

—Mejor. Sentiría tener que acabar también contigo, Tatsuo.

—Tú qué vas a sentir.

Reid Moss sonrió e indicó:

—Sal de la celda, Tatsuo.

—¿No es demasiado pronto, para sustituir al teniente Clarke?

—Se acabaron las sustituciones, Tatsuo.

—¿Qué?

—La Latto-300 se halla posada en un pequeño planeta de características similares a la Tierra, y vamos a salir todos a explorarlo —explicó Moss.

Tatsuo se sintió aliviado, pues por un momento había temido que al teniente Clarke le hubiese sucedido algo, y que ésa era la razón de que Reid Moss hubiera ¡do en su busca.

—Vamos, camina —indicó el asesino, sin dejar de apuntarle con su pistola.

Tatsuo dio una mirada al cadáver de Yuri y salió de la celda, dominando a duras penas la cólera que la muerte del guardia de seguridad había despertado en él.

Moss lo siguió, a prudente distancia.

Poco después, entraban en la cabina de mandos.

Marcus Holcer no pudo reprimir un destello de satisfacción en su

mirada cuando vio que Reid Moss traía solamente a Tatsuo. Sin embargo, y para disimular, preguntó:

—¿Dónde está Yuri, Reid...?

—Me atacó, Marcus.

—¿Que te atacó...?

—Sí, intentó sorprenderme. Y como tú dijiste que si alguno de los dos intentaba algo, no dudara en disparar, pues...

Len Clarke, que había endurecido las facciones, preguntó con voz ronca: —¿Has matado a Yuri, Moss?

—Sí, teniente —confesó Reid.

—Canalla...

—El me obligó a disparar, teniente Clarke.

Len Clarke miró al copiloto.

—¿Es cierto que Yuri le atacó, Tatsuo?

—No lo sé, teniente —respondió el oriental, quien seguidamente explicó—: Yo estaba dormido. Me despertó el grito de Yuri, que ya se derrumbaba cuando abrí los ojos. Pienso que Moss miente, que mató a Yuri por puro placer, pero...

Tatsuo no pudo seguir hablando, porque Reid Moss le propinó un duro golpe en la nuca, con el puño izquierdo, y el oriental se derrumbó.

No perdió totalmente el conocimiento, pero casi.

Marcus Holcer aplaudió la acción de su compañero.

—Bien hecho, Reid. Para decir tonterías, mejor que esté callado.

—Lo mismo me he dicho yo, Marcus —sonrió Moss.

—Atale las manos a la espalda. Y hazlo fuertemente, Reid. Si se soltara y nos diera un susto, tendrías que vértelas conmigo —advirtió Holcer.

—Descuida, Marcus, Tatsuo no se soltará —aseguró Reid Moss. Y ató férreamente los brazos del oriental, quien se iba recuperando del golpe recibido, pero muy lentamente.

Len Clarke y Dalia Kent, atados a sus respectivos sillones, presenciaban mudamente la escena.

Cuando Reid Moss acabó de maniatar al copiloto de la Latto-300, recibió la orden de hacer lo propio con Len Clarke, quien escuchó la siguiente advertencia de Marcus

Holcer:

—Si opone alguna resistencia, teniente Clarke, el bello rostro de la doctora Kent quedará convertido en algo realmente monstruoso.

Dalia Kent se estremeció al ver que el asesino le apuntaba a la cara con su pistola.

Len Clarke, que estaba realmente decidido a intentar algo en cuanto Reid Moss le soltase, tuvo que desistir, porque sabía que Marcus Holcer no amenazaba en vano.

Moss desato las cuerdas que mantenían a Clarke sujeto a su sillón y luego, con esas mismas cuerdas, le ató los brazos a la espalda, tan fuertemente como a Tatsuo.

Después, hizo lo mismo con Dalia Kent.

—Listo, Marcus.

—Magnífico, Reid —sonrió Holcer—. Ya podemos abandonar la nave.

—Cogemos los subfusiles de rayos láser, ¿no?

—Por supuesto.

Moss los tomó y entregó uno a su compañero.

Holcer se colocó la pistola en el cinto y empuñó el subfusil.

Moss hizo lo propio.

Encañonados por el par de subfusiles de rayos láser, Len Clarke, Dalia Kent y Tatsuo fueron obligados por Marcus Holcer y Reid Moss a abandonar la nave.

* * *

Se adentraron los cinco en el quieto y silencioso bosque, tan tupido, que a duras penas lograban infiltrarse los rayos de la estrella que proporcionaba luz y calor al pequeño planeta.

Marcus Holcer abría la marcha, seguido del teniente Clarke, la doctora Kent, Tatsuo y Reid Moss, éste cerrando la fila india.

Todos observaban con mucha atención las inmóviles ramas de los árboles, esperando que alguna de ellas se agitase, aunque fuese muy levemente, pero no.

Continuaron todas misteriosamente quietas.

Tampoco consiguieron detectar el menor ruido.

Sólo escuchaban los que ellos producían con sus botas, al caminar.

De pronto, Marcus Holcer se detuvo y apuntó una rama con el brazo, exclamando:

—¡Es un pájaro!

Todos miraron hacia allí.

En efecto, había un pájaro posado en la rama que señalaba Holcer.

Permanecía muy quieto y tenía los ojos cerrados.

Parecía dormido.

Marcus Holcer se agachó, recogió una piedra del suelo, y se la lanzó al pájaro. No le dio a él, sino al delgado tronco de la rama, que tembló violentamente.

Lo lógico hubiera sido que el pájaro se despertase y, asustado, echase a volar, alejándose a toda prisa.

Pero no sucedió tal cosa.

El pájaro continuó posando en la rama.

Tan quieto como antes.

Los ojos cerrados.

Dormido...

Marcus Holcer, desconcertado, se rascó la cabeza y murmuró:

—No lo comprendo.

—Parece que ese pájaro tiene el sueño pesado, ¿eh, Marcus? —comentó Reid Moss, tan extrañado como su compañero.

—Tal vez no esté dormido, sino... muerto —dijo Len Clarke.

Marcus Holcer lo miró duramente.

—Intenta meternos nuevamente el miedo en el cuerpo, ¿eh, teniente Clarke?

—¿Qué otra explicación puede haber, Holcer? Si el pájaro estuviese dormido, hubiera alzado el vuelo cuando la rama se agitó a causa de la pedrada. O, por lo menos, hubiese abierto los ojos.

Reid Moss carraspeó y dijo:

—Creo que el teniente Clarke tiene razón, Marcus. Ese pájaro debe de estar muerto.

—¡Si estuviera muerto no seguiría sobre las rama, yacería en el suelo! —rugió Holcer.

Moss ya no se atrevió a decir nada más.

Holcer soltó un gruñido y ordenó:

—Sigamos.

Reanudaron la marcha.

Tan sólo unos minutos después, descubrían un animal tendido en el suelo, junto al tronco de un árbol, aparentemente dormido.

El animal, en cierta manera, recordaba al jabalí terrestre, pues parecía un cerdo salvaje, con sus orejas tiesas, el pelaje muy tupido y fuerte, los colmillos, grandes y salientes, en la boca...

Marcus Holcer hizo lo mismo que poco antes hiciera con el pájaro posado en la rama: tomó una piedra del suelo y se la arrojó al anima!, alcanzándole en todo el lomo.

El asesino le apuntó inmediatamente con su subfusil de rayos láser, dispuesto a abrasarlo si el animal, de tamaño más que regular, en vez de huir les atacaba.

Ni lo uno ni lo otro.

El animal continuó echado junto al tronco.

Inmóvil.

Dormido.

O muerto...

Esto último fue lo que pensaron todos.

Todos... menos Marcus Holcer.

Este se resistía a creer que el animal estuviese muerto, así que se acercó a él, dispuesto a averiguarlo.

—¡Ten cuidado, Marcus! —exclamó Reid Moss, cada vez más asustado.

—¡Cállate! —rugió Holcer, dando un furioso manotazo al aire.

Siguió acercándose al jabalí.

Con precaución.

Se detuvo a poco más de un metro de él.

Desde allí, pudo comprobar que el animal respiraba acompasadamente.

—¡No está muerto! ¡Respira! —exclamó, contento de poder demostrar que él tenía razón.

A Reid Moss le alegró la noticia.

—¿Estás seguro, Marcus...?

—¡Sí, Reid! ¡Acércate y compruébalo!

—¡Vamos, moveos! —ordenó Moss a Len Clarke, Dalia Kent y Tatsuo.

Los tres obedecieron, aproximándose todos al jabalí dormido.

—¡Es verdad, Marcus! —exclamó Moss—, ¡El animal respira, está dormido!

Marcus Holcer miró a Len Clarke.

—¿Qué dices ahora, teniente...?

—Decir, no digo nada. Sólo me pregunto por qué este animal no se despertó al recibir la pedrada. Ni ahora, que estamos hablando tan cerda de él.

—Es muy extraño, sí —murmuró la doctora Kent.

—¿No estará drogado, en vez de dormido...? —se preguntó en voz alta Tatsuo.

—¡Qué diablos va a estar drogado! —rechazó Holcer.

—Intenta despertarlo, Holcer —invitó Len Clarke—. Verás como no lo consigues.

Marcus Holcer se acercó más al animal y le dio varias patadas.

Como el jabalí continuó dormido, Holcer le 'tiró del rabo, de los cuernos, e incluso le metió los dedos en los ojos.

Todo fue inútil.

El animal no se despertó.

## CAPITULO VIII

Marcus Holcer, furioso por su fracaso, le atizó un patadón en todo el morro al inanimado jabalí y desistió, barbotando:

— ¡Al diablo con él!

Len Clarke sonrió burlonamente.

—¿Te convences de que este planeta dista mucho de ser un paraíso, Holcer?

El asesino no pudo contenerse y descargó su furia contra el teniente Clarke, asestándole un tremendo puñetazo en el rostro.

Len Clarke cayó al suelo.

Marcus Holcer intentó golpearle de nuevo, ahora con el pie, pero su cobarde acción fue abortada por Tatsuo, quien se lanzó valientemente contra el criminal, incrustándole la cabeza en el estómago.

Holcer soltó un bramido de dolor y se vino abajo, arrollado por el empuje del oriental, quien también rodó por el suelo.

Reid Moss apuntó a Tatsuo con su subfusil, dispuesto a disparar sobre él, pero el rayo láser no llegó a salir por la boca del arma, porque Len Clarke, desde el suelo, disparó su pierna derecha y golpeó entre los muslos al asesino, alcanzándole de lleno los órganos genitales.

El aullido de dolor que lanzó Reid Moss debió escucharse en diez kilómetros a la redonda, pues fue realmente ensordecedor.

Moss se derrumbó en el acto y quedó en el suelo hecho una bola, las manos en los machacados genitales, soltando lagrimones por los ojos y espuma por la boca, todo ello sin dejar de aullar como un coyote al que estuviesen cortando el rabo a lonchas con unas tijeras.

Len Clarke se puso en pie con toda rapidez.

Marcus Holcer también se irguió de un salto, aunque le seguía doliendo el estómago. Como había perdido el subfusil de rayos láser en la caída, lo primero que hizo fue intentar recuperarlo.

Dalia Kent, que ya contaba con ello, había dado un salto hacia el arma de Holcer, y ahora, de un puntapié, la mandó lejos, haciéndola

desaparecer entre las altas plantas.

El asesino lanzó un rugido de rabia.

—¡Maldita! —ladró, y de un duro revés tiró a la doctora al suelo.

—¡Cobarde! —rugió Len Clarke, embistiéndole como un toro herido.

Marcus Holcer dio un salto hacia su derecha y esquivó el furioso ataque del teniente Clarke, quien no pudo frenar su impulso y se propinó un gran batacazo.

Tatsuo, que se había puesto en pie un par de segundos después que Holcer, se lanzó también sobre éste, con la cabeza por delante, pero el asesino burló asimismo el brioso ataque del oriental.

El copiloto, muy a su pesar, rodó por el suelo, como Len Clarke.

Marcus Holcer corrió hacia el subfusil de Reid Moss y lo empuñó, apuntando con él a Len Clarke, Dalia Kent y Tatsuo.

—¡Se acabó la pelea, malditos! ¡Si alguien intenta ponerse en pie, lo aso con mi arma! —amenazó.

El teniente Clarke y Tatsuo, sudorosos y jadeantes, comprendieron que Marcus Holcer dominaba nuevamente la situación, y no trataron de ponerse en pie.

La doctora Kent, por cuya comisura derecha de la boca escapaba un hililllo de sangre muy roja, tampoco intentó levantarse.

Holcer, sin perder de vista a Len Clarke, Tatsuo y Dalia Kent, se acercó a su compañero Moss y le apretó el hombro.

—¿Te sientes mejor, Reid?

Moss, que seguía aplastándose las orejas con las rodillas, de tan encogido que estaba, respondió con una voz que parecía surgir del fondo de una tinaja:

—No, me siento peor...

—Tengo la situación controlada.

—Y yo los testículos hechos puré.

—Así tengo yo el estómago.

—No es lo mismo, Marcus, no es lo mismo.

—Ya sé que no, pero también duele, no creas.

—Supongo que sí.

—Vamos, te ayudaré a ponerte en pie.

—Dudo que pueda sostenerme, Marcus.

—Ya verás cómo sí, hombre. Venga, arriba.

Con la ayuda de su compañero, Reid Moss se levantó del suelo y quedó erguido. Bueno, lo que se dice erguido, erguido...

Miró con intenso odio a Len Clarke.

—Esto me lo pagará con creces, teniente —dijo, con los dientes muy juntos.

—Fue Holcer quien comenzó la pelea, no yo —recordó Clarke.

—Eso a mí no me importa. Me ha hecho usted ver todas las estrellas del Universo, y yo también se las haré ver a usted, se lo juro.

Len Clarke no respondió esta vez.

Marcus Holcer preguntó a su compañero:

—¿Puedes sostenerte en pie, Reid?

—Sí, creo que sí.

—Toma su subfusil y vigílalos a los tres.

—¿Dónde está el tuyo?

—La doctora lo mandó lejos de una patada, pero no me será difícil encontrarlo. Lo vi caer por allí.

—No tardes, Marcus. No quiero quedarme solo mucho tiempo.

—Descuida, estaré de vuelta en seguida —sonrió Holcer, y se alejó, después de empuñar la pistola que llevaba al cinto.

Moss vigiló al teniente Clarke, la doctora Kent y Tatsuo.

Súbitamente, vio asomar un rostro por detrás de una planta de grandes y alargadas hojas, tan inmóviles como todo lo demás.

La visión fue tan fugaz, que el asesino llegó a dudar si había visto realmente asomar un rostro o había sido producto de su imaginación.

En cualquier caso, podía asegurar que se trataba de un rostro femenino, de piel morena y brillante, ojos muy grandes y almendrados, labios llenos, rojos como fresas maduras, pelo negro, largo, precioso...

Un rostro, en suma, bello, exótico y tremendamente sensual.

Reid Moss tragó saliva con dificultad y llamó:

—Marcus... ¡Marcus! ¡Marcus...!

Marcus Holcer regresó corriendo, portando nuevamente el subfusil de rayos láser.

—¿Qué ocurre, Reid...?

Moss extendió el brazo y galleó:

—¡Allí!

Holcer observó la planta de hojas grandes y alargadas. —No veo nada, Reid.

—¡Había una mujer tras aquella planta!

—¿Qué...?

—¡Sí, Marcus, sí! ¡Una mujer joven, morena, muy hermosa!

—¿Estás seguro, Reid...?

—¡Fue una visión muy fugaz, pero yo juraría que no lo he imaginado!

Holcer miró a Len Clarke.

—¿Vio usted a la chica, teniente?

—No.

—¿Tatsuo...?

—Tampoco.

—¿Doctora Kent...?

Dalia Kent movió negativamente la cabeza.

Holcer volvió a mirar hacia la planta señalada pore Moss. —Así que sólo la viste tú, ¿eh, Reid?

—¿No me crees, Marcus?

—Daré un vistazo —fue la respuesta de Holcer, y caminó hacia la planta.

La alcanzó y la rodeó.

No había nadie tras ella, ni tampoco rastro de que hubiese habido alguien.

Holcer regresó junto a su compañero.

—¿Nada, Marcus...? —preguntó Moss.

—Nada, Reid.

Moss guardó silencio.

Holcer miró a Len Clarke, Dalia Kent y Tatsuo y ordenó:

—En pie todos. Proseguimos la marcha.

# CAPITULO IX

Hacía ya casi una hora que se habían adentrado en el quieto y silencioso bosque.

En ese tiempo, además del pájaro posado en la rama de un árbol y el animal que semejaba un jalalí terrestre, habían encontrado otros pájaros y otros animales, todos ellos igualmente dormidos.

Que ninguno estuviese muerto, era motivo de alegría para Marcus Holcer y Reid Moss, pero que todos estuviesen dormidos, tan profundamente que no había manera de despertarlos, llenaba de preocupación y temor a la pareja de criminales.

¿Qué diablos sucedía en aquel extenso bosque?

¿Por qué todos los seres vivos estaban dormidos?

¿Por qué no podían despertarse?

¿Por qué no se movían las ramas de los árboles?

¿Sucedería lo mismo en todo el planeta?

¿Se trataría realmente de un planeta dormido...?

El único ser despierto, la hermosa muchacha de pelo negro cuyo rostro asomara por detrás de la planta de grandes y alargadas hojas, no había vuelto a dejarse ver, y nadie creía que la chica existiese realmente.

Ni siquiera Reid Moss, el único que la había visto.

Ya se había convencido a sí mismo de que todo fue producto de su imaginación, de su miedo a quedarse solo vigilando al teniente Clarke, la doctora Kent y Tatsuo, mientras Narcus Holcer iba en busca de su subfusil.

Mientras exploraban el extraño y misterioso bosque, Len Clarke y Tatsuo tensaban disimuladamente las cuerdas que sujetaban sus brazos, con el fin de irlas aflojando poco a poco.

Ardua tarea, porque Reid Moss los había atado a conciencia, e iba a ser tremendamente difícil vencer la resistencia de las duras cuerdas de fibra de nylon.

Tanto Clarke como el corpulento oriental sentían dolor en los brazos, pero ello no les hizo desistir. Ambos eran conscientes de que, con las manos atadas a la espalda, las posibilidades de sorprender y

reducir a Holcer y Moss eran escasas.

Ya lo habían intentado una vez, y fracasaron.

Continuaron adentrándose en el bosque.

De repente, Marcus Holcer, que iba en cabeza, notó que el suelo cedía bajo sus pies y lo engullía en una fracción de segundo, sin darle tiempo a nada.

Sólo pudo gritar.

Larga y angustiosamente.

Len Clarke, que iba detrás de él, se detuvo en seco frente a aquella especie de trampa para cazar animales vivos, de forma circular y unos cuatro metros de profundidad.

Marcus Holcer se estrelló contra el fondo de la trampa y quedó aturdido por la violencia de la caída.

—¡Marcus...! —chilló Reid Moss, abandonando la cola de la fila india para asomarse a la trampa y ver qué había sido de su compañero.

Apenas tuvo tiempo de enterarse, porque Len Clarke le dio un empujón con el hombro y lo arrojó a la trampa.

Moss lanzó un chillido mientras se precipitaba contra el fondo de aquella especie de pozo sin agua. Tras el violento impacto, quedó aturdido, como su compañero.

La rápida y oportuna acción de Len Clarke arrancó un grito de júbilo por parte de Tatsuo.

—¡Bravo, teniente!

—¡Nos hemos librado de ellos! —exclamó Dalia Kent, muy contenta, también.

—¡Sí, pero sólo por el momento! ¡No tardarán en recobrarse y salir de este providencial agujero! ¡Alejémonos de aquí, de prisa!

Cuando Len Clarke pronunció las últimas palabras, ya estaba corriendo. Tatsuo y la doctora Kent se apresuraron a imitarle.

* * *

Como ya se temía Len Clarke, Marcus Holcer y Reid Moss sólo tardaron unos minutos en recobrar su lucidez mental.

Holcer empezó a maldecir a viva voz, a blasfemar y a escupir palabrotas del más grueso calibre.

—¡Tenemos que salir de este maldito agujero, Reid! —rugió, mirando hacia arriba.

—No será fácil, Marcus —repuso Moss, asustado.

Holcer, muy nervioso, le dio una bofetada.

—¡Tenemos que salir, Reid! ¡Y pronto! ¡Si el teniente

Clarke, Tatsuo y la doctora Kent regresan a la nave antes que nosotros, estaremos perdidos!

Moss asintió con la cabeza.

—Tienes razón, Marcus. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—¡Súbete sobre mis hombros, rápido! —indicó Holcer, flexionando sus piernas para facilitar la ascensión de su compañero.

Moss trepó hasta los hombros de Holcer.

Entonces, éste se irguió y cogió los pies de su compañero, izándolo más con sus poderosos brazos.

Moss se apoyaba en la pared de la trampa, para no perder el equilibrio y caer al suelo.

—¿Alcanzas la salida con tus manos, Reid...? —preguntó Holcer.

—¡Casi, Marcus! ¡Me faltan sólo unos centímetros!

—¡Prepárate, Reid! ¡Voy a lanzarte hacia arriba!

—¡Estoy dispuesto!

Holcer flexionó los brazos, para tomar impulso, y lanzó a Moss hacia la salida del pozo.

Moss consiguió agarrarse a ella y se izó a pulso, saliendo de la trampa.

—¡Bien, Reid! —exclamó Holcer—, ¡Ahora busca una rama que sea fuerte, para que pueda agarrarme a ella y salir del pozo!

—¡Entendido, Marcus!

—¡De prisa, Reid! ¡Recuerda que tenemos que regresar a la nave antes que ellos!

Reid Moss encontró pronto la rama adecuada y se la tendió a su compañero.

—¡Sujétala fuerte, Reid! —dijo Marcus Holcer, y empezó a trepar por la rama.

En sólo unos segundos, estuvo fuera del pozo.

—¡Lo conseguimos, Marcus! —exclamó alegremente Moss.

—¡A correr tocan, Reid! —dijo Holcer, dándole ya a las piernas.

Moss, pese a que le seguían doliendo los genitales, movió también velozmente las piernas, viéndose obligado a lanzar algún que otro gemido.

Len Clarke, Dalia Kent y Tatsuo llevaban ya unos quince minutos corriendo en dirección al amplio claro del bosque en donde se posara la Latto-300, cuando el primero se detuvo y, respirando agitadamente, dijo:

—Creo que ya nos hemos alejado lo suficiente de la trampa como para proceder a soltar las cuerdas que sujetan nuestros brazos, utilizando los dientes.

—Yo los tengo fuertes, teniente —sonrió Tatsuo.

Clarke dio la espalda al oriental.

—Adelante, Tatsuo.

El copiloto de la Latto-300 se dejó caer de rodillas, para tener más al alcance de sus dientes las cuerdas que sujetaban los brazos de Len Clarke.

Empezó a morderlas con ganas.

En muy poco tiempo, Len Clarke tuvo las manos libres.

Desató rápidamente a Tatsuo y a la doctora Kent.

—Ahora podremos correr mejor —sonrió Clarke.

Le dieron los tres nuevamente a las piernas.

Un rato después, alcanzaban el claro del bosque.

Se quedaron los tres parados.

Absolutamente paralizados por la sorpresa.

¡La Latto-300 había desaparecido!

## CAPITULO X

—¡No está! —exclamó Len Clarke, perplejo.

—¡La nave ha desaparecido! —gritó Dalia Kent, incrédula.

—¡Alguien se la ha llevado! —dijo Tatsuo, no menos asombrado.

—¿Cómo es posible que...? —empezó a decir Len Clarke, pero se interrumpió al oír pasos precipitados.

La doctora Kent y Tatsuo también los oyeron.

—¡Deben de ser Holcer y Moss! —adivinó el teniente Clarke.

—¡Seguro! —exclamó Tatsuo.

—¡Escondámonos, de prisa! —indicó Len Clarke.

Se ocultaron los tres con rapidez y se quedaron muy quietos, conteniendo incluso la respiración.

Marcus Holcer y Reid Moss no tardaron en aparecer, jadeantes y sudorosos, los subfusiles de rayos láser firmemente empuñados.

Se les cayó el alma a los pies al ver que la Latto-300 ya no se hallaba posada en el calvero del bosque.

—¡Llegamos tarde. Marcus! ¡Se han largado! —gritó Moss, aterrado.

Holcer descargó un patadón en el suelo.

—¡Malditos sean los tres! —rugió rojo de cólera.

—¡Nos han dejado solos en este planeta embrujado! —galleó Moss.

Holcer le miró con dureza.

—¿Por qué dices que el planeta está embrujado, estúpido?

—¡Porque suceden cosas muy extrañas, Marcus! ¡Animales que se duermen y no despiertan, mujeres que aparecen y desaparecen, el suelo que se hunde y de pronto se te traga, árboles que no se mueven!

Holcer le cruzó la cara dos veces.

—¡Basta, Reid! ¡No quiero oírte decir más tonterías!

Moss, tímidamente, repuso:

—¿De veras te parecen tonterías, Marcus?

—¡Sí! No es que yo me alegre de que el teniente Clarke se haya

largado con su nave, pero prefiero vivir en este planeta que en la prisión de Neptuno. ¿Tú no, Reid?

Moss se mordió los labios y murmuró:

—Sí, yo también, Marcus.

—No vuelvas a decir que el planeta está embrujado, pues. ¿Entendido?

Moss asintió con la cabeza.

—Entendido, Marcus.

Holcer sonrió ligeramente y palmeó la espalda de su compañero.

—Vamos, Reid.

—¿Adónde?

—A buscar un sitio donde pasar la noche. El cielo empieza a oscurecer.

* * *

Desde su escondite, Len Clarke, Dalia Kent y Tatsuo vieron perderse a Marcus Holcer y Reid Moss por entre los árboles.

El oriental sugirió:

—¿Vamos tras ellos, teniente?

—No, Tatsuo.

—¿No quiere que recuperemos nuestras armas?

—Sí, pero no en este momento. Ya las recuperaremos más adelante. Holcer y Moss creen que nos hemos largado en nuestra nave, no nos buscarán. Nos será fácil sorprenderlos cuando nos lo propongamos. Lo que me preocupa es lo otro.

—Quien se llevó nuestra nave, ¿verdad?

Len Clarke movió la cabeza afirmativamente.

—Quién y por qué, Tatsuo.

Dalia Kent intervino:

—Una cosa ha quedado clara, teniente Clarke: este misterioso planeta no está deshabitado.

—Es evidente que no, doctora.

—Debió ser cierto que Reid Moss vio a una mujer morena asomar por detrás de aquella planta —dijo Tatsuo.

—Sí —cabeceó Clarke—, Yo dudé entonces, pero ahora, ya no.

—Tampoco yo —dijo Dalia Kent.

—¿Se llevaría ella nuestra nave? —observó Tatsuo.

—Es posible —respondió Len Clarke.

La doctora Kent exhaló un suspiro.

—Bien. ¿Qué hacemos ahora, teniente Clarke?

—Lo mismo que Holcer y Moss: buscar un sitio donde pasar la noche —respondió Clarke.

* * *

Len Clarke, Dalia Kent y Tatsuo se detuvieron a unos quinientos metros del claro, en un lugar que consideraron adecuado para echarse a dormir unas cuantas horas.

Las ramas de los árboles no eran tan tupidas allí, y ello les permitía verse las caras sin necesidad de encender fuego, lo cual no pensaban hacer, por razones obvias.

Tatsuo quiso realizar el primer turno de vigilancia, pero Len Clarke se opuso, alegando que él y la doctora Kent se hallaban más descansados que el oriental, quien, como se recordará, hacía tan sólo cuatro horas que había sido remplazado por el teniente Clarke cuando descubrieron aquel pequeño planeta.

El copiloto de la Latto-300 no discutió la decisión de su superior y se tendió en el suelo, conciliando el sueño rápidamente.

Len Clarke y Dalia Kent, sentados en el suelo, se miraron a los ojos largamente, en silencio.

De pronto, él confesó:

—Siento deseos de besarla, doctora.

—¿Y va a quedarse con las ganas? —le sonrió deliciosamente ella.

Clarke le puso la mano en la cadera y buscó sus labios, que le recibieron entreabiertos, palpitantes, deseosos de colaborar en la caricia.

El beso, tierno y delicado al principio, no tardó en tornarse ardiente y apretado, coincidiendo esto con el abrazo fuerte y vehemente de Len Clarke.

Dalia Kent no sólo se dejó besar y abrazar con pasión, sino que se echó hacia atrás, arrastrando al teniente Clarke, que quedó encima de ella cuando la espalda de la doctora se topó contra el suelo.

El fervoroso beso duró cuatro minutos largos.

Cuando separaron sus bocas, temblorosas de deseo, Len Clarke dijo:

—Me gustaría hacer el amor con usted, doctora.

—¿Y Tatsuo...?

—Duerme como un leño, no se enterará de nada.

—Si se despertara y nos sorprendiera en plena unión sexual...

—Esto no sucederá, estoy seguro...

—Espero que no se equivoque, teniente —sonrió Dalia Kent, bajando ya la cremallera de su traje.

Len Clarke se lo abrió y dejó al descubierto sus senos, plenos y altivos, realmente hermosos. Comenzó a besarlos, notando que se estremecían al contacto de sus labios, endureciéndosele los rosados pezones.

La doctora Kent cerró suavemente los ojos y ahogó un gemido de placer, limitándose a susurran

—Len..., Len...

El teniente Clarke, sin dejar de besarle los pechos con avidez, la despojó totalmente del traje y la dejó en pantaloncitos, breves y delicados.

Antes de despojarla también de esta prenda íntima, Len Clarke recorrió con sus manos el maravilloso cuerpo de Dalia Kent, mientras volvía a besarla en la boca, en el cuello, en los hombros.

La doctora Kent se esforzaba en reprimir los gemidos de placer, pero cada vez le resultaba más difícil, porque las manos y los labios la excitaban más y más.

—Oh, Len, Len... —suspiraba, aferrándose a él.

Len Clarke se despojó del traje y quedó en slip.

Fue entonces cuando se decidió a tirar del pantaloncito de la doctora, descubriendo su intimidad, que también acarició, acentuando la excitación y el deseo de Dalia Kent, cuyas uñas sintió clavarse en su espalda.

Len Clarke no quiso demorar más el momento crucial, el de la intima unión de sus cuerpos, y poseyó a la doctora Kent, sin brusquedad, con suavidad y dulzura.

Fue realmente maravilloso y los dos gozaron plenamente del acto, alcanzando juntos el placer supremo, que los unió más todavía, teniendo ambos la sensación de que aquello había sido algo más que

la simple unión de sus cuerpos desnudos.

Algunos minutos después, abrazados todavía, aunque totalmente relajados los dos, se miraron a los ojos tiernamente.

—Doctora Kent...

—¿Sí, teniente Clarke?

—Hemos conectado ya físicamente. ¿Conectaremos también espiritualmente?

—No lo sé.

—¿Le gustaría que fuese así?

—¿Y a usted, teniente?

—Creo que sí.

—¿No está seguro?

—Sí, estoy seguro.

Dalia Kent sonrió maravillosamente.

—Creo que a mí también me gustaría, teniente.

Len Clarke repitió la pregunta que ella le hiciera unos segundos antes:

—¿No está segura, doctora?

Dalia Kent tampoco dudó en la respuesta.

—Sí, estoy segura.

Aquello merecía celebrarse con un beso lleno de amor, y sus bocas se unieron con ese fin.

Len Clarke y Dalia Kent no lo sabían, pero un par de ojos les estaban observando desde hacía rato.

Y no eran los de Tatsuo, porque el oriental seguía profundamente dormido.

# CAPITULO XI

Como alertado por un sexto sentido, Len Clarke separó repentinamente su boca de la de Dalia Kent y miró a su alrededor, pero no vio nada que justificara aquella alarma interior que le había obligado a interrumpir el amoroso beso.

La doctora Kent, extrañada, preguntó en voz baja:

—¿Ocurre algo, teniente Clarke...?

—Parece que no, pero...

—¿Pero?

—No lo sé. De pronto he tenido la sensación de que alguien nos estaba espiando.

Dalia Kent miró también en torno suyo.

—Yo no veo a nadie, teniente.

—Tampoco yo, pero sigo teniendo la extraña sensación.

—Será mejor que nos vistamos, pues. No me gusta que me espíen cuando estoy desnuda.

—Ni a mí.

La doctora Kent se ajustó el pantaloncito y el teniente Clarke hizo lo propio con su plateado slip, colocándose seguidamente los trajes.

Len Clarke, con voz que era apenas un susurro, dijo:

—Vamos a fingir que nos quedamos dormidos, doctora Kent. Si hay alguien cerca, es posible que se deje ver, y entonces lo descubriremos.

—De acuerdo —aceptó ella.

Se tendieron los dos, el uno junto al otro, y cerraron los ojos.

Los de la persona que los había observado mientras hacían el amor, brillaron en la oscuridad de la noche, como si se alegrara de que los tres seres terrestres durmieran.

Esperó unos minutos y luego surgió por detrás de unas plantas, por entre cuyas hojas, redondas y rojizas, había vigilado al trío de terrestres.

Len Clarke, por la pequeña rendija que habían dejado sus párpados, aparentemente cerrados, descubrió al espía.

Era la muchacha de pelo negro que describiera Reid Moss, y que

sólo éste pudo ver.

Len Clarke oprimió ligeramente la mano de Dalia Kent, que tenía entre la suya, dándole a entender que acababa de descubrir a la persona que los había estado espiando.

La muchacha morena abandonó su escondite y se aproximó cautelosamente a los terrestres, sin causar el menor ruido con sus menudos y graciosos pies descalzos.

Len Clarke estuvo a punto de encanutar los labios y lanzar un silbido de admiración, porque la chica poseía un cuerpo sensacional, apenas cubierto por la exigua prenda que hacía las veces de sujetador y la otra, igualmente sucinta, que ocultaba su sexo, su pubis y muy poco más.

Ambas prendas habían sido confeccionadas con piel de tigre, al parecer, lo cual hacía que la belleza de la muchacha morena resultara más exótica aún, más salvaje, más agresiva.

Silenciosa como un puma, la chica siguió acercándose, hasta detenerse a un metro escaso de Len Clarke y Dalia Kent, a los cuales escrutó largamente con sus graneles y almendrados ojos, fijándose más tiempo en el teniente que en la doctora.

De pronto, los rojos y sensuales labios de la chica se distendieron en una sonrisa preciosa. Un par de segundos más tarde, se inclinaba sobre Len Clarke para observarlo más de cerca aún.

Y se inclinó tanto, que sus jóvenes y agresivos senos parecieron salirse de la telita de tigre que tenía la misión de retenerlos, asomando incluso las oscuras y eróticas aureolas de sus pezones.

Tan excitante visión provocó una contracción nerviosa en el rostro de Len Clarke, y eso le delató, descubriendo la hermosa muchacha morena que el terrestre objeto de su cercana observación no se hallaba realmente dormido.

La chica se irguió en el acto, dando un respingo y emprendió una veloz huida.

No pudo llegar muy lejos, sin embargo, porque Len Clarke brincó del suelo y se arrojó sobre ella, logrando trabarle las desnudas piernas.

La muchacha dio un grito y cayó al suelo.

Intentó ponerse velozmente en pie, pero Len Clarke la agarró fuertemente por la cintura y se lo impidió.

—No tengas prisa, preciosa, que tú y yo hemos de conversar largo

y tendido.

El grito de la muchacha había despertado a Tatsuo, quien ya estaba en pie, al igual que la doctora Kent.

—¿Quién diablos...? —exclamó el oriental.

—¡Es la chica morena, Tatsuo! ¡La que vio Reid Moss! —informó Dalia Kent.

—¡Se debate como una fiera!

Era cierto.

La chica luchaba como una pantera con Len Clarke, para ver si conseguía zafarse de él, pero el teniente la tenía bien sujeta y no la soltaba.

—¡Quieta, fierecilla! —gritó Clarke, sintiendo aplastado contra su vientre el prieto y prácticamente desnudo trasero de la muchacha.

Ella, en vista de que no lograba deshacerse de Len Clarke, chilló:

—¡«Drago»!

—¿Qué? —preguntó Clarke.

—¡«Drago»! —volvió a gritar la muchacha, sin dejar de debatirse furiosamente.

«Me debe de estar insultando en su lengua», pensó Clarke.

—A mí me parece que está llamando a alguien, teniente —dijo Dalia Kent.

—¡«Drago»! —repitió la chica.

Todavía flotaba en el aire el eco de su voz, cuando se escuchó un rugido atronador, lanzado sin duda por una bestia salvaje de gran tamaño y poderío.

A Len Clarke, Dalia Kent y Tatsuo se les heló la sangre en las venas al escuchar el espantoso rugido de la fiera, que iba a dejarse ver de un momento a otro.

Surgió por entre los árboles.

«Drago» era un tigre.

¡Y qué tigre...!

Valía por tres, tirando por lo bajo.

La poderosa bestia se detuvo un momento y lanzó un nuevo rugido, que resultó más escalofriante aún que el primero, porque Len Clarke, Dalia Kent y Tatsuo pudieron ver ahora los terroríficos colmillos de la fiera, su enorme bocaza, el brillo aterrador de sus ojos...

—¡«Drago», usca tova! —gritó la chica morena, a quien, pese a la aparición del gigantesco tigre, no había soltado Len Clarke.

Ahora sí que soltó Clarke a la muchacha.

¡Y quién no...!

Len Clarke saltó a su vez, para que el fiero tigre no le cayera encima, al tiempo que la doctora Kent lanzaba un chillido de angustia.

Logró burlar el ataque del monstruoso felino, y antes de que éste se revolviera y le atacara de nuevo, Len Clarke saltó audazmente sobre el lomo del animal y le rodeó el cuello con sus brazos, apretándoselo con fuerza.

La acción del teniente Clarke llenó de perplejidad a Tatsuo, a la doctora Kent y a la dueña del enorme tigre, que seguía en el suelo, contemplando con los ojos muy abiertos la desigual pelea que sostenían el terrestre y la poderosa bestia.

El tigre se revolvió, saltó, brincó, realizó cabriolas en el aire, sin dejar de lanzar rugidos, pero no logró que Len Clarke abandonara su lomo y soltara su cuello.

No le resultó fácil al terrestre seguir montando sobre el animal, no; pero era consciente de que, mientras se mantuviese sobre el lomo del tigre, éste no podría hacerle nada, y tampoco atacaría a Tatsuo y a la doctora Kent.

¿Cuánto tiempo resistiría a lomos de la colocal bestia?

Esta pregunta no sólo se la hacía Len Clarke, sino también Dalia Kent, Tatsuo y la muchacha morena, quien no daba crédito a sus ojos.

Aguantó bastante tiempo, finalmente, en una de sus furiosas cabriolas, el tigre logró despedir a Len Clarke, quien, agotado por el tremendo esfuerzo realizado, quedó tendido de espaldas en el suelo, sin fuerzas para levantarse con la agilidad y prontitud que el caso requería.

Sí, porque el tigre se revolvió como una centella, dispuesto a saltar sobre él y hacerle pedazos.

Tatsuo, con el fin de impedírselo, se aprestó a saltar sobre el lomo del animal y hacer lo que antes hiciera Len Clarke.

En aquel preciso instante, sin embargo, la chica del pelo negro pronunció el nombre de su tigre, acompañado de algunas palabras más, absolutamente indescifrables para el teniente Clarke, la doctora Kent y Tatsuo.

La estremecedora fiera, que estaba a punto de saltar sobre Len Clarke, se frenó, aunque siguió rugiendo y mostrando sus enormes y afilados colmillos.

Len Clarke, Dalia Kent y Tatsuo comprendieron entonces que la muchacha morena había ordenado al tigre que no atacara, que se limitara a amenazar, razón por la cual el copiloto de la Latto-300 desistió de saltar sobre el lomo de la fiera.

La chica se puso en pie, se acercó a su tigre y empezó a acariciarlo con suavidad, al tiempo que le dedicaba frases cariñosas.

La furia y los deseos de lucha del animal fueron remitiendo, sustituyendo los rugidos por simples gruñidos, lo cual tranquilizó bastante a Len Clarke, a Dalia Kent y a Tatsuo.

La doctora y el oriental se acercaron al teniente, lentamente, para no irritar de nuevo al tigre.

—¿Se encuentra bien, teniente Clarke? —preguntó Dalia Kent.

—Un poco cansado, pero bien —respondió Len Clarke, sin apartar los ojos de la chica morena y su feroz tigre.

—Su lucha con el tigre fue muy emocionante, teniente —dijo Tatsuo.

—Pero ganó él. Si la muchacha no lo hubiera detenido, me habría destrozado —repuso Clarke.

Dalia Kent iba a decir algo, cuando Marcus Holcer y Reid Moss aparecieron repentinamente por entre los árboles, empuñando sus subfusiles de rayos láser.

# CAPITULO XII

Los poderosos rugidos del tigre se habían escuchado desde muy lejos, así como también los gritos de Dalia Kent y la muchacha morena, debido al absoluto silencio que reinaba en aquel extraño bosque, y Marcus Holcer y Reid Moss los habían oído desde el lugar escogido por ellos para pasar la noche.

Se pusieron los dos en pie rápidamente y echaron a correr hacia el lugar donde sonaban los fieros rugidos y los agudos chillidos femeninos, llegando justo en el instante en que la hermosa muchacha morena del pelo negro empezaba a acariciar al enorme tigre y a dedicarle frases cariñosas.

Holcer y Moss quedaron muy impresionados por el colosal tamaño del tigre, pero como éste había dejado de rugir y no atacaba a Len Clarke, la doctora Kent y Tatsuo, la pareja de asesinos no dispararon contra la fiera.

Ya lo harían si el tigre intentaba causar daño a alguien.

Se dejaron ver los dos y Holcer rugió:

—¡Quietos todos! ¡Al primero que se mueva, lo abraso!

—Lo que faltaba —rezongó Len Clarke.

—Con éstos no contábamos, ¿eh, teniente? —dijo Tatsuo.

—Los gritos y los rugidos los han guiado hasta aquí —adivinó Dalia Kent.

La muchacha morena, que había respingado al ver aparecer a la pareja de criminales, miró con temor las armas que los tipos empuñaban, como si adivinara que, con ellas, podían acabar fácilmente con su tigre.

Este lanzó un rugido al descubrir a los dos hombres y se encogió, como preparándose para saltar sobre ellos, pero su dueña lo agarró del cuello y gritó:

—¡Sava, «Drago», sava!

Marcus Holcer, apuntando al tigre con su subfusil, sonrió fríamente y dijo:

—Sí, será mejor que retengas a tu «gatito», preciosa, o por la mañana desayunaremos tigre asado.

Reid Moss exclamó:

—¿Qué dices ahora, Marcus?

—¿Sobre qué?

—¡Sobre la chica morena! ¡Tú no creías que existía!

—Es cierto, no lo creía. ¿Y sabes una cosa, Reid?

—¿Qué?

—Me alegro de que la chica exista. ¿Te has fijado qué piernas tiene? ¿Y qué caderas? ¿Y qué pechos? ¿Y qué todo? —Holcer devoró literalmente con la mirada a la bella muchacha.

Moss le dio también algunos bocaditos con los ojos y asintió:

—Sí, está tremenda. Lo malo es que yo no estoy en condiciones de...

—¿Por qué?

—¿Olvidas el patadón que me atizó el bastardo del teniente Clarke en los genitales? —Moss miró a Clarke con odio.

—¿Todavía te duelen, Reid? —preguntó Holcer.

—Claro.

—Lo siento.

—Más lo va a sentir el teniente Clarke, cuando me vengue en él.

Marcus Holcer clavó sus ojos en Len Clarke.

—Volvieron por nosotros, ¿eh, teniente?

—Nosotros no nos marchamos, Holcer —respondió Clarke.

—¿Cómo que no? Cuando Moss y yo llegamos al claro, la nave no estaba.

—Cuando nosotros llegamos tampoco estaba.

—¿Qué...?

—Alguien se la llevó, Holcer.

—¿Quién?

—No lo sabemos.

Marcus Holcer volvió a mirar a la muchacha morena.

—La chica lo debe saber.

—Es posible. Pero no habla nuestra lengua, Holcer —informó Len Clarke.

—No importa. Nos dirá dónde está la Latto-300, aunque sea con gestos. Tiene la mirada inteligente. Me entenderá.

—Prueba a ver.

—¿Dónde está nuestra nave, encanto? —interrogó Holcer,

gesticulando expresivamente, para que la muchacha supiera a qué se refería.

Ella no le respondió ni hizo gesto alguno.

Holcer repitió la pregunta, procurando ser más expresivo todavía.

La chica siguió quieta y callada.

Como la paciencia no era precisamente el fuerte de Marcus Holcer, éste apuntó a la cabeza de! tigre con su subfusil y amenazó:

—Responde o destrozo la cabeza de tu tigre, preciosidad.

El temor se acentuó en la mirada de la muchacha, pero eso fue todo. No habló ni hizo gestos.

—Tú lo has querido, guapa —rezongó Holcer, decidido a acabar con el tigre.

—¡No lo hagas, Holcer! —gritó Len Clarke.

—¿Por qué no, teniente? Es sólo un animal.

—La muchacha le tiene mucho cariño, no nos lo perdonada.

—Me importa un rábano que le tenga cariño o no. Es una fiera peligrosa y voy a acabar con ella —masculló Holcer, y se dispuso a accionar el gatillo de su arma.

Fue entonces cuando sucedió.

Como por arte de magia, el subfusil de rayos láser que empuñaba Marcus Holcer se convirtió en una serpiente roja que empezó a moverse entre las manos del asesino.

El hecho llenó de estupor a todos.

Holcer, además de llenarse de estupor, se llenó también de terror y se apresuró a soltar la serpiente, de piel húmeda y viscosa, a! tiempo que daba un chillido.

También dio un salto hacia atrás.

Moss le imitó, igualmente aterrado.

Miró su subfusil, temiendo que le sucediera lo mismo que a Holcer.

Y le sucedió.

También su arma se convirtió en una serpiente roja.

Reid Moss lanzó un alarido de terror y soltó la serpiente, a la vez que brincaba hacia atrás.

—¡Te lo dije, Marcus! ¡Este planeta está embrujado! —chilló, todo el vello de su cuerpo erizado.

En esta ocasión, Holcer no le dio ninguna bofetada.

El también empezaba a creer que el planeta estaba embrujado.

Miraba al par de serpientes rojas con ojos dilatados.

No obstante, todavía tuvo el suficiente valor para extraer de su cinto la pistola de rayos láser y apuntar con ella a los bichos.

Estaba dispuesto a eliminarlos.

No pudo.

Difícilmente se puede eliminar un par de serpientes con un sapo.

Y en eso se había convertido la pistola que empuñaba Holcer: en un sapo.

Un sapo gordo y asqueroso.

Marcus Holcer sintió un ramalazo de frío y se dio mucha prisa en arrojar al suelo el repugnante bicho, dando un grito.

Reid Moss también gritó, más aterrorizado aún que su compañero.

Rápidamente extrajo la pistola de rayos láser y la tiró al suelo, antes de que se convirtiera en un sapo.

Y en eso se convirtió, apenas tocar el suelo.

Fue demasiado ya, tanto para Marcus Holcer como para Reid Moss, y ambos echaron a correr como locos, lanzando aullidos de terror.

Desaparecieron los dos en la oscuridad del silencioso bosque, aunque continuaron oyéndose sus gritos de pánico.

El tigre les despidió con un rugido.

La joven y hermosa dueña del animal, mostró una amplia sonrisa que le permitió mostrar unos dientes blancos como el nácar.

Evidentemente, ella tenía una explicación para lo sucedido.

* * *

Len Clarke, Dalia Kent y Tatsuo no podían apartar los ojos del par de serpientes rojas y del par de sapos, que se movían, pero no se alejaban.

De pronto, los cuatro bichos quedaron muy quietos.

Un segundo después, las dos serpientes y los dos sapos desaparecieron, apareciendo en su lugar los dos subfusiles y las dos pistolas de rayos láser.

Tatsuo, con un cómico gesto, murmuró:

—¿No estaremos soñando, teniente Clarke?

—Yo diría que sí, Tatsuo —respondió la doctora Kent, cuyo gesto también invitaba a reírse.

Len Clarke movió lentamente la cabeza y miró a la preciosa muchacha morena, que seguía con la sonrisa en los labios y acariciaba nuevamente a su tigre.

—Estoy de acuerdo en que hemos visto cosas increíbles, pero no estamos soñando —dijo.

Dalia Kent y Tatsuo miraron también a la chica.

Len Clarke intentó entenderse con ella, para lo cual señaló al tigre y dijo:

—El, «Drago». ¿Y tú...? —señaló ahora a la muchacha.

Ella pestañeó un par de veces.

Clarke volvió a señalar al animal.

—Tu tigre se llama «Drago». ¿Cómo te llamas tú? —apuntó nuevamente a la chica.

Ella se tocó el pecho y respondió:

—Cira.

—Cira... —repitió Clarke, sonriendo—. Es un nombre muy bonito, ¿sabes? Yo me llamo Len. Yo, Len...

—Yolen —pronunció la muchacha.

—No, sin el «yo» —rió Clarke—. Len... Len...

—Len.

—Ahora lo has dicho bien. Tu tigre, «Drago»; tú, Cira; yo, Len. Ella se llama Dalia —señaló a la doctora Kent—. Y él, Tatsuo —apuntó al oriental—. Dalia... Tatsuo... Dalia... Tatsuo...

Cira miró a la doctora Kent.

—Dalia...

—Eso es. Y Tatsuo.

—Tatsuo... —repitió la joven, mirando ahora al copiloto de la Latto-300.

—Muy bien, Cira. Eres una chica lista; muy lista. Nosotros queremos ser tus amigos, ¿sabes? Cuando te agarré por la cintura, no pretendía hacerte ningún daño. Sólo quería hablar contigo, que me dijeras dónde está nuestra nave. El gran aparato volador... —Len Clarke lo describió con expresivos gestos—. ¿Quién se llevó nuestra nave,

Cira? Nuestra nave...

—Nave —repitió ella.

—Sí, nave, nave. ¿Dónde está?

—Yo se lo diré, teniente Clarke —respondió una voz masculina, en perfecta lengua terrestre.

* * *

Len Clarke, Dalia Kent y Tatsuo ladearon la cabeza, descubriendo a un hombre alto y robusto, que aparentaba unos cuarenta y cinco años de edad y se cubría con una larga túnica plateada.

Tenía el cabello gris, muy crecido, las facciones enérgicas, pero nobles, la mirada clara y profunda. De su cuello pendía una piedra azul, tallada en forma de lágrima, que lanzaba continuos destellos. La llevaba sujeta a una gruesa cadena dorada, muy brillante también.

El hombre, con paso tranquilo, pero firme, se aproximó a la muchacha morena, quien le sonrió cariñosamente.

Cira y él cambiaron unas breves palabras.

Mientras hablaban, el hombre de la túnica plateada acarició la cabeza de «Drago», y el animal, agradecido, lamió la mano amiga, como si se tratara del más dócil de los gatos.

Len Clarke, no pudiendo reprimir su curiosidad por más tiempo, preguntó:

—¿Quién es usted?

El hombre lo miró fijamente, con una suave sonrisa en los labios.

—Me llamo Tibor, y soy el padre de Cira.

—¿Cómo es que habla nuestra lengua y ella no?

—Yo no soy de este planeta, sino de otro muy lejano, perteneciente a otra galaxia, del cual fui expulsado injustamente, acusado de un delito que no cometí. Llegué hasta este planeta, llamado Balcano, y habitado tan sólo por unos cuantos cientos de seres primitivos, quienes me recibieron con mucho recelo y temor. Yo les hice ver que nada debían temer de mí, y les presté toda la ayuda que mis conocimientos, muy superiores a los de ellos, me permitieron. Los habitantes de Balcano, agradecidos, me pidieron que me quedara para siempre en su planeta. Yo, cansado de vagar por los espacios infinitos, no lo dudé.

Me gustaba Balcano y me gustaban sus gentes. Elegí por esposa a una de sus mujeres, joven, bella, cariñosa, con la que sigo viviendo y soy muy feliz. Fruto de mis relaciones con ella, es Cira, nuestra única hija —explicó el llamado Tibor.

—¿Y sus conocimientos de nuestra lengua, Tibor...? —insistió Len Clarke.

—En mi nave tengo unos cuantos aparatos muy valiosos, teniente Clarke. Uno de ellos me ayudó a entender y hablar su lengua en sólo quince minutos.

—Asombroso... —musitó Clarke.

—No para mí, teniente —sonrió sin la menor presunción el padre de Cira.

—¿Dónde está nuestra nave, Tibor?

—En el claro del bosque, donde usted la posó.

Len Clarke, Dalia Kent y Tatsuo se miraron entre sí, sorprendidos.

—Estuvimos allí y la nave no estaba —informó Clarke.

La sonrisa del padre de Cira se tornó misteriosa.

—Estaba, teniente Clarke, estaba, aunque ustedes no pudieron verla.

## CAPITULO XIII

La sorpresa de Len Clarke, Dalia Kent y Tatsuo aumentó considerablemente tras las últimas palabras de Tibor.

—¿Que nosotros no pudimos ver...? —exclamó el primero.

—No, teniente Clarke —respondió el padre de Cira.

—¿Por qué?

Tibor acarició la azulada y destellante piedra en forma de lágrima que colgaba de su cuello y explicó:

—No sólo tengo unos conocimientos elevados, sino determinados poderes, teniente Clarke.

—¿Ha dicho poderes, Tibor...?

—Sí.

—Vamos, que usted es algo así como un brujo.

Tibor rió y asintió.

—Puede utilizar esa expresión, si.

Len Clarke dio tres cabezadas seguidas.

—Empiezo a explicarme muchas cosas, Tibor.

—¿Como por ejemplo...?

—La extraña inmovilidad de las ramas de los árboles de este bosque, su misterioso silencio, los animales profundamente dormidos...

—Es cosa mía, sí.

—¿Por qué?

—Quería que Baleario no les gustase, que les diese miedo, que lo abandonaran pronto.

—También lo de las serpientes y los sapos fue cosa suya, ¿no?

—Sí.

Len Clarke sonrió.

—Ahí estuvo genial, Tibor.

—No podía permitir que Marcus Holcer matara a «Drago». Cira lo quiere con locura.

—Sí, ya nos dimos cuenta —Clarke miró con simpatía a la muchacha.

—Sé que usted no pretendía causarle daño a Cira, teniente Clarke.

—Desde luego que no. Sólo quería hablar con ella. Y Empezábamos a entendernos cuando llegó usted.

Tibor sonrió.

—Es usted un hombre de buenos sentimientos, teniente Clarke. También Tatsuo y la doctora Kent parecen buenas personas.

—Lo son, Tibor.

—Marcus Holcer y Reid Moss, no, ¿verdad?

—No, ellos, no. Son dos peligrosos asesinos, condenados por la justicia terrestre a vivir en prisión durante el resto de sus días.

—Ya no tienen armas, podrán ustedes atraparlos fácilmente y conducirlos a su nave.

—¿Ya está visible, Tibor?

—¿La nave?

—Sí.

Tibor volvió a sonreír.

—No, todavía no. Pero lo estará para cuando ustedes hayan atrapado a esos dos asesinos y los conduzcan a ella.

—Confío en ello, Tibor.

—Quisiera pedirle un favor, teniente Clarke.

—¿De qué se trata?

—No divulgue que Balcano es un planeta habitado por sólo unos cientos de terrestres primitivos, y no hable de mí y de mis poderes a nadie. Quiero que Balcano siga siendo un pequeño mundo pacífico y tranquilo. Si empezamos a recibir visitas, dejaría de serlo, porque no todos los seres humanos tienen nobles sentimientos, usted lo sabe tan bien como yo, teniente Clarke.

Len Clarke asintió con la cabeza.

—Se lo prometo, Tibor.

—Gracias.

—¿Podemos recoger esas armas?

—Por supuesto —autorizó Tibor.

Len Clarke recogió un subfusil y una pistola, enfundando ésta.

Tatsuo vaciló.

—¿Seguro que no se convertirán en serpiente y sapo, respectivamente, Tibor...? —preguntó, mirando con cierto temor el otro subfusil y la otra pistola.

El padre de Cira se echó a reír.

—Te doy mi palabra, Tatsuo.
El oriental recogió las dos armas, enfundando la pistola.
Tibor preguntó:
—¿Van a ir ahora en busca de Holcer y Moss, teniente Clarke?
—Sí; cuanto antes los atrapemos, mejor.
—Les guiaré hasta ellos.
—¿Sabe usted dónde están exactamente, Tibor...?
—No, pero «Drago» posee un olfato excelente. El nos conducirá hasta esos asesinos.

* * *

Marcus Holcer y Reid Moss estuvieron corriendo por el bosque hasta que, totalmente agotados, y tras haberse propinado toda una serie de batacazos, se derrumbaron los dos.
Durante casi cinco minutos, ninguno dijo nada.
No podían hablar.
Se ahogaban a causa del esfuerzo realizado.
Cuando su respiración se normalizó, Moss, que todavía sentía culebrear el pánico en sus huesos, preguntó:
—¿Qué..., qué vamos a hacer, Marcus?
—No lo sé, Reid.
—Este planeta es peor que el infierno.
—No seré yo quien te lo discuta.
—Prefiero la prisión de Neptuno.
—No, eso no, Reid. Antes me quito la vida.
—Yo creo que no tendría valor para suicidarme, Marcus.
—No te preocupes por eso. Yo te escabecharé antes de suicidarme.
—Hablemos de otra cosa, ¿vale?
—Eres un gallina, Reid.
—Es posible —admitió Moss.
Fueron transcurriendo los minutos, pero Marcus Holcer y Reid Moss no se levantaban, ¿Adónde podían ir, de noche y metidos en un bosque tan fantasmagórico como aquél?
Lo mejor era esperar a que se hiciera de día.
Holcer y Moss empezaron a sentir sueño.

Se hallaban medio dormidos ya, cuando oyeron la voz del teniente Clarke:

—¿Qué, echando una cabezadita, muchachos?

Los dos asesinos se pusieron en pie de un salto.

Vieron a Len Clarke, apuntándoles con el subfusil de rayos láser.

Junto a él, Tatsuo, encañonándoles también con su arma.

—¡Nos han cazado, Marcus! —galleó Moss, quien no sabía si lamentarse o alegrarse por ello, después de todo lo sucedido.

Quien desde luego no se alegró fue Holcer.

—¡Maldito sea, teniente Clarke! —rugió, ciego de ira, y se lanzó sobre él, intuyendo que Len Clarke no sería capaz de disparar su subfusil contra un hombre desarmado.

No se equivocó.

Len Clarke arrojó su arma hacia atrás, para que la recogiera la doctora Kent, que se hallaba detrás de él y Tatsuo, y la emprendió a puñetazos con Marcus Holcer.

Le apetecía mucho pelear con él.

¡Vaya si le apetecía!

Deseaba vengar la muerte de Hans,

Y la de Yuri.

Y la bofetada que Holcer le diera a la doctora Kent.

Y el puñetazo que le diera a él.

Ahora no tenía los brazos atados a la espalda, la pelea sería en igualdad de condiciones.

Tatsuo, que también deseaba vengar todas esas cosas, y algunas más, como el golpe que él recibiera en la nuca, poco antes de abandonar la Latto-300, entregó asimismo el subfusil de rayos láser a la doctora Kent y se arrojó sobre Reid Moss, barbotando:

—¡Te voy a dar tantos golpes que vas a sentir complejo de estera, rata de cloaca!

Reid Moss no tuvo más remedio que defenderse.

Pero lo hizo muy mal.

Tan mal, que pocos minutos después yacía en el suelo, con el rostro ensangrentado y tumefacto, y sin fuerzas para levantarse.

—¡Basta, Tatsuo! —suplicó—. ¡Ya siento complejo de estera!

—¡Te sacudiré un par de veces más, por si queda algo de tierra! —repuso el oriental, irónico, y le atizó dos buenos patadones.

El primero, en el hígado, segundo, en toda la quijada, cortó en seco el aullido y durmió al asesino.

Tatsuo se volvió hacia Len Clarke y Marcus Holcer.

Seguían peleando, pero el final de la lucha se adivinaba muy próximo, porque el criminal, aunque se defendía bastante mejor que su compañero Moss, no podía detener la avalancha de golpes que le propinaba Clarke, y estaba a punto de derrumbarse.

Su cara, como la de Moss, estaba ensangrentada e hinchada.

Marcus Holcer se desplomó por fin y, aunque intentó levantarse, no pudo.

Len Clarke le dejó sin sentido de un certero patadón en la mandíbula, que hizo escupir un par de dientes al asesino, aunque él ya no se enteró de que los perdía.

Concluida la pelea, Len Clarke y Tatsuo ataron fuertemente a la pareja de criminales, utilizando las cuerdas de fibra de nylon que Holcer y Moss usaran para atarlos a ellos y la doctora Kent.

Después, Clarke cargó con Holcer y Tatsuo hizo lo propio con Moss.

Seguidamente, echaron a andar hacia el claro del bosque, acompañados de Tibor, Cira y el gigantesco «Drago».

## EPILOGO

Llegaron al claro.

La Latto-300 no estaba.

Bueno, sí estaba, pero Len Clarke, Dalia Kent y Tatsuo no la veían.

Tibor frotó con suavidad la piedra azul que llevaba al cuello, la cual se tornó rojiza a los pocos segundos y empezó a despedir una extraña luz.

Muy poco tiempo después, la Latto-300 quedaba visible a los ojos del teniente Clarke, la doctora Kent y Tatsuo.

—Es usted un verdadero mago, Tibor —dijo Clarke.

—Gracias —sonrió el padre de Cira.

—¿No le gustaría conocer nuestra nave por dentro, Tibor? —sugirió Len Clarke.

—Me encantaría.

—Suban con nosotros, pues.

Caminaron todos hacia la nave y pudieron subir a ella, quedándose abajo «Drago», dócilmente echado sobre la tierra.

Lo primero que hicieron Len Clarke y Tatsuo, fue encerrar en la celda a Holcer y Moss, quienes seguían inconscientes. Les quitaron las cuerdas y les colocaron las esposas, dejándoles tendidos en la doble litera.

Después, mostraron la nave a Tibor y Cira.

Cuando llegó el momento de la despedida, Cira dijo algo a su padre.

Y debió ser algo gracioso, porque Tibor rió.

—Esta hija mía... —comentó, moviendo la cabeza.

—¿Qué dice Cira, Tibor? —preguntó Len Clarke.

—Nada, una tontería.

—Ha pronunciado mi nombre y el de la doctora Kent. —Olvídelo.

—¿Por qué no quiere decírmelo, Tibor?

—Es una tontería, teniente, ya se lo he dicho.

—Insisto en oír esa tontería.

—Me resulta un poco embarazoso hablarle de los deseos de Cira, teniente Clarke.

—No se preocupe, diga lo que sea.

Tibor miró a su hija.

Cira sonreía y sus ojos tenían un brillo muy particular, fijos en Len Clarke.

Tibor se decidió por fin a revelar.

—Cira le vio hacer el amor con la doctora Kent, teniente Clarke, y ahora me pide que le diga que a ella le encantaría hacer el amor con usted.

Clarke dio un respingo.

Tatsuo abrió la boca.

Dalia Kent enrojeció hasta la raíz de sus dorados cabellos. —¿Que a Cira le encantaría...? —balbuceó Len Clarke. —Sí, teniente.

—Pero yo... La doctora Kent y yo... Nosotros...

—¿Se aman ustedes, teniente Clarke? —preguntó Tibor. Len Clarke cogió la mano de Dalia Kent.

—Sí, la doctora Kent y yo nos amamos, Tibor.

—Comprendo, entonces, que usted no desee hacer el amor con Cira, teniente.

—Espero que Cira también lo comprenda, Tibor.

—Trataré de explicárselo.

Tibor habló con su hija.

Cira frunció el ceño y gruñó unas cuantas palabras, sin dejar de mirar a Len Clarke.

Tibor exhaló un suspiro.

—Cira no lo comprende, teniente Clarke.

—¿Insiste...?

Tibor asintió con la cabeza.

—Insiste, teniente.

—Pregúntele si no le da lo mismo hacer el amor con Tatsuo.

—¡Teniente! —respingó el oriental.

—Tú a callar, Tatsuo.

—¿Es una orden, teniente?

—Sí, es una orden.

El copiloto de la Latto-300, a quien en el fondo le encantaba la idea de hacer el amor con la hermosa Cira, ya no dijo esta

boca es mía.

Tibor consultó con su hija.

Cira desvió la mirada y observó al fornido oriental.

Este recibió un disimulado codazo de su superior, quien rezongó:

—Sonríe, Tatsuo.

El copiloto separó los labios y mostró sus dientes.

La sonrisa, realmente cómica, contagió a Cira, quien dijo algo a su padre.

Tibor carraspeó.

—Cira pregunta si Tatsuo hace el amor tan bien como usted, teniente Clarke.

—¡Mejor, mucho mejor! —se apresuró a responder Len Clarke.

Tibor transmitió, sus palabras a Cira.

La muchacha sonrió más ampliamente y pronunció una sola palabra.

Tibor informó:

—Cira está de acuerdo con el cambio.

—¡Estupendo! —exclamó Clarke, empujando al copiloto hacia la bella hija de Tibor—. Hala, vete con ella, Tatsuo, y no tengas prisa en volver. No partiremos hasta por la mañana.

—¡A la orden, teniente!

Tibor, Cira y Tatsuo abandonaron la nave, dejando solos a Len Clarke y Dalia Kent, quienes se echaron a reír alegremente, al tiempo que se abrazaban.

De pronto, Clarke besó a la doctora.

Tras la prolongada e intensa unión de sus bocas, Len Clarke sugirió:

—¿Imitamos a Tatsuo y Cira, doctora Kent?

—¿De veras quiere que hagamos otra vez el amor, teniente Clarke...?

—Cuanto más conectemos físicamente, más pronto conectaremos espiritualmente, ¿no cree?

—Tiene usted mucha razón, teniente —sonrió ella, emocionada.

Volvieron a besarse ávida y profundamente, convencidos los dos de que la conexión espiritual se había realizado ya.

Y no se equivocaron, pues a su regreso a la Tierra, después de haber dejado a Marcus Holcer y Reid Moss en la prisión de Neptuno

para el resto de sus días, Len Clarke y Dalia Kent contrajeron matrimonio, siendo apadrinada su unión por Tatsuo, quien jamás olvidaría la noche de amor vivida en Balcano, con la joven, hermosa y ardiente Cira.

F I N

[1] **Neptuno gira alrededor del Sol a una distancia media de 4.495 millones de kilómetros, nada menos, y su temperatura máxima, en la superficie, es de -230 °C.**